

# EL SIGLO MEDICO.

(BOLETIN DE MEDICINA Y GACETA MEDICA.)

Madrid 12 rs. el trimestre.

Redaccion, calle del Espejo, número 17, cuarto principal.

Provincias 15 rs. el trimestre.

En casa de los comisionados ó mediante libranzas.

PERIÓDICO CONSAGRADO Á LOS INTERESES MORALES, CIENTÍFICOS Y PROFESIONALES DE LAS CLASES MÉDICAS.

Ventajas para los suscritores.

Pueden tomar las obras publicadas en la Biblioteca de Medicina y Museo científico, con la rebaja de un 10 por 100 de sus precios.

## RESUMEN.

MADRID. Sesión de apertura de la Real Academia de medicina de Madrid.—CONSIDERACIONES SOBRE LA CRONICIDAD.—Fundamentos de la medicina natural y simplicísima. Parte segunda. Historia.—PRENSA MEDICA. TERAPÉUTICA. Galvanismo como anestésico.—Cateterismo y cauterización de las vías aéreas.—Cloroformo: causa inmediata de la muerte por esta sustancia; precauciones que deben adoptarse al administrarle; tratamiento de los accidentes que sobrevengan.—PATOLOGIA GENERAL. Pulso dicrótico; su interpretación hidráulica.—PATOLOGIA INTERNA. Croup: estadística mortuoria de esta enfermedad.—ANATOMIA PATOLÓGICA. Bazo; alteraciones morbosas de esta viscera.—PRENSA FARMACEUTICA. Espádrapo de minio quemado.—PARTE OFICIAL. REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID. Sesión pública del 16 de enero de 1859.—HIPÓCRATES Y LAS ESCUELAS HIPOCRÁTICAS.—MONTE-PIO FACULTATIVO. Secretaría general.—Ministerio de la Gobernación. Real decreto.—SANIDAD MILITAR. Reales órdenes.—VARIEDADES. Sesiones científicas del cuerpo facultativo de hospitalidad domiciliaria de Madrid.—Ejercicio de la medicina legal.—Intrusos.—Oposiciones á baños.—CRONICA.—REMITIDO.—VACANTES.—ANUNCIO.

Madrid 23 de Enero de 1859.

## SESION DE APERTURA

DE LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.

El domingo anterior se verificó, segun estaba anunciado, la sesión de apertura de la Academia de medicina de Madrid. El espacioso salon de actos de la Facultad de medicina, donde se celebró la sesión, se hallaba de antemano ocupado por una numerosa concurrencia, en la que figuraban varias personas notables, y comisiones de la Universidad central y de otras corporaciones científicas de la Corte. Debía leer el discurso el Sr. D. Pedro Mata, y esta circunstancia aumentaba el interés del acto.

Hora y media duró la lectura del discurso, que fué escuchado, sin embargo, con constante atención y con marcadas muestras de simpatía, por una parte del auditorio, especialmente de los jóvenes estudiantes, á quienes siempre cautiva la elocuente palabra de su profesor. Consiguió este por lo menos producir en todos impresion profunda, si bien debemos añadir como historiadores fieles, que no fué unánime la aprobación que obtuvo. En general, no creemos aventurar nada diciendo, que las ideas del Sr. Mata distan bastante de las de la corporación cuyas tareas ha inaugurado, y que al espresarlas lo ha hecho por su cuenta propia, y teniendo más en consideración su persona, que el cuerpo científico á quien representaba en aquel momento.

El objeto de su discurso era, como saben nuestros lectores, tratar de Hipócrates y de las escuelas hipocráticas. Nos abstenemos de extractarle, porque le insertamos íntegro en otro lugar. Es en su conjunto un documento escrito con singular desenfado, con pretensiones ambiciosas; exagerado en sus apreciaciones, declamatorio y apasionado. Tal es á lo menos la impresión que nos hizo su lectura. Con más calma y más justicia, hubiera conservado en su lugar la gran figura de Hipócrates, que si no merece idolatría, exige al menos la consideración histórica y filosófica que le ha acompañado al través de 23 siglos. El Sr. Mata persigue un fantasma, cuando se opone á la restauración de la ciencia tal como la profesaba Hipócrates, cuando combate el retroceso puro á la octogésima olimpiada. Este sería un desacuerdo que nadie se atrevería á proponer; pero no lo es menor la conclusión contraria á que propende el autor de la Memoria: desconocer el espíritu hipocrático, condenar su influencia y relegar al olvido las inmortales obras del fundador de la medicina. Si no es esta su in-

tención, si conviene en que deben estudiarse estas obras, si quiera sea juntamente con otras; si confiesa que el arte de curar reconoce por fundadora á la escuela hipocrática, no debiera atribuir á los demás ideas exageradas y absurdas, por darse el fácil placer de combatirlos. Entonces solo le separan de los que opinan de distinto modo diferencias de grado, que no merecen por cierto tanto balumbo de frases ni tanto ensañamiento.

En cuanto á los pormenores, tiene el discurso periodos de indisputable mérito, y que colocados en otro lugar merecerían unánime aplauso; hay poesía, facilidad y energía en la dicción; hay erudición histórica, y respecto de algunos puntos una crítica bien examinada. Pero lo repetimos: el objeto total es ilusorio ó inconveniente. Si se propone solo defender los adelantos de las ciencias desde Hipócrates acá, escusada era semejante tarea; nadie los ha negado, ni deja de proclamar la conveniencia de su continuación; si quiere simplemente romper con la antigüedad, arrancar de las manos de los estudiantes las obras del padre de la medicina, para dejarles solamente el microscopio, el crisol y el escalpelo, incurre en un extremo vicioso, y que ningún médico sensato aprobará. Se aspira, no al retroceso, sino al progreso verdadero, que consiste en la regeneración de lo pasado con todos los recursos del presente; que quiere sumar, no restar, partida alguna del capital de la ciencia; que vuelve á menudo la vista al origen reconocido del arte, porque juzga naturalmente, que las fórmulas que sirvieron para echar sus sólidos cimientos, han de servir también, sabiamente desenvueltas, para impulsarle hacia su perfección.

Basta por hoy, pues no hemos querido hacer una crítica detenida del discurso del Sr. Mata, sino manifestar simplemente el juicio general que de él hemos formado. Esperamos que en la prensa ó en la Academia misma, se susciten debates, que acaben de ilustrar este punto, poniendo la cuestión en su verdadero terreno, y aplazamos para entonces la esplanación de las indicaciones que acabamos de hacer.

Parece que la Academia de medicina va á entrar ahora resueltamente en un nuevo período de vida y animación. Ha presentado programa de premios, y se propone celebrar sesiones científicas accesibles al público. No dudamos que estas sesiones ofrecerán un verdadero interés, y que en ellas se debatirán cuestiones importantes. En la primera que se verifique, tenemos entendido que abrirá el debate el Sr. D. Juan Castelló con un discurso sobre la intervención de la naturaleza en las enfermedades, y para lo sucesivo se hallan aplazados otros puntos de no menos utilidad y trascendencia para la práctica. Si á esto se agrega un estudio detenido, una apreciación imparcial, de los adelantos experimentales que están haciendo de continuo las ciencias médico-prácticas, la Academia de medicina habrá llenado completamente su misión.

Excusamos advertir á nuestros lectores que tendrán estensa noticia de estas útiles tareas.

El Srío. de la Redaccion, R. SANFRUTOS.

## CONSIDERACIONES SOBRE LA CRONICIDAD.

### IV.

TRATAMIENTO.—¿Deben curarse todas las enfermedades crónicas? Esta pregunta podrá parecer extraña; pero dejará de serlo, si se considera que

no siempre se ha dado á la palabra enfermedad una significación rigurosa, exenta de toda interpretación. Si por enfermedad se entiende el grado de la vida en que la aspiración á su tipo ideal desciende por debajo del orden común, trastornando las funciones ó acelerando el fin de la existencia; si se significa en general el aumento relativo de las tendencias destructoras del organismo; claro está entonces que toda enfermedad, sea crónica ó aguda, debe curarse, utilizando al efecto cuantos medios estén á nuestra disposición. Pero si con el nombre de enfermedad se comprende solo las manifestaciones morbosas actuales, hecha abstracción de las condiciones del individuo y del curso probable de la afección, no siempre deberán suprimirse estas manifestaciones, por desagradables que parezcan, y antes de verificarlo convendrá hacer un estudio detenido de las ventajas é inconvenientes que de ello pudieran resultar.

Efectivamente, en este último caso no se trata ya de la enfermedad en conjunto, sino de una localización, que no será acaso la más temible entre las que acostumbre ofrecer la afección general: entonces la enfermedad debe considerarse relativamente como saludable; y combatirla con medios que se limiten á alterar su curso, valdría tanto como combatir la salud misma. Tal sucede, por ejemplo, con las hemorroides, con ciertas erupciones y úlceras crónicas, con varios flujos rebeldes, etc. En todos tiempos se ha aconsejado respetar esta clase de achaques, á fin de evitar al enfermo otros de mayor cuantía, y esto se explica advirtiendo, que en semejantes casos existe un padecimiento profundo, y que los medios locales solo pueden considerarse como perturbadores de una evolución morbosa, que puede ser sustituida por otra de peor especie.

No debe creerse, que al impedir la continuación de los síntomas localizados en una parte, se rechace de allí alguna cosa material, que vaya por consecuencia á fijarse en otro punto, dando crédito á las teorías de retropulsión asentadas por algunos autores. Lo que hay de cierto es, que las enfermedades crónicas generales, aunque representadas por un conjunto local de síntomas, interesan el tiempo del organismo, y están destinadas á una permanencia más ó menos obstinada; la cual se verifica á pesar de aquellos medios, que solo son útiles para combatir dolencias leves, agudas, ó por lo menos limitadas á un solo punto. Resulta entonces, que aunque se realice la eficacia de tales agentes en el nuevo caso de una enfermedad crónica constitucional, solo se verifica en cuanto á las manifestaciones locales, quedando en pie la dolencia misma, que aparece en otro sitio.

Sin embargo, hay enfermedades crónicas locales, y que se distinguen de las generales por caracteres que la experiencia dá á conocer. Para este fin sirve ante todo la consideración de su origen, puesto que suelen ser locales las lesiones ocasionadas por modificadores externos que han obrado directamente sobre el punto afecto; y después la atenta observación de sus síntomas y de su curso. Un tumor, una degeneración circumscrita, pueden ser también una enfermedad local, aunque no se encuentren causas exteriores especiales que hayan concurrido á su formación, y parezca que solo deben atribuirse á una disposición interna. Es cosa averiguada, que en ciertos casos la espontaneidad morbosa se manifiesta por localizaciones únicas, ya porque se agote en ellas, ya porque desde el principio se concrete á



una parte determinada. Tal sucede en muchos lipomas, tumores fibrosos, y alguna, aunque rara vez, en otras degeneraciones más heteromorfas, como escirros, tubérculos, etc., á cuya eliminacion ha seguido una salud no interrumpida.

Es, pues, de la mayor importancia para el tratamiento de las enfermedades crónicas, averiguar ante todo si la enfermedad es local ó general. Es preciso no incurrir en el extremo de curarlas siempre con medios locales, ni tampoco en el de adoptar esclusivamente en todos los casos un tratamiento interno. El análisis detenido de los hechos que se presentan en la práctica, y su comparacion con los grupos nosológicos previamente establecidos, nos permite referirlos con alguna probabilidad á esta ó aquella categoría.

Las afecciones crónicas locales pueden combatirse por medios directos ó indirectos: los primeros permiten desde luego al organismo asimilar mejor las funciones al orden normal; los segundos conducen al mismo objeto, pero mediante una afeccion aguda que sustituye á la crónica. Pertenecen á la primera especie los agentes conocidos con los nombres de resolutivos y específicos, y á la segunda los sustituyentes. Otras veces se apela á la eliminacion de la parte afecta por procedimientos quirúrgicos, y en todos estos casos está probado, que la curacion de la enfermedad local preserva al organismo de una influencia perniciosa, que á su vez hubiera podido en ocasiones convertirse en una enfermedad general. Entonces, lejos de ser perjudicial la supresion de las manifestaciones morbosas, evita á la economía infinitos riesgos, entre otros el de llegar á asimilar toda su energía propia á la energía morbose local que interesa uno de sus puntos.

La demostracion de estas diferentes leyes no deja de ser difícil en la práctica, porque: 1.º cuando á la desaparicion de una enfermedad local sigue una salud completa, puede decirse que la generalidad nunca se hubiera afectado, y que ha sido inútil bajo este punto de vista la eliminacion de la parte; 2.º cuando á la persistencia de la enfermedad local sucede la infeccion de la economía, puede creerse que las cosas han existido en orden inverso, y que la primera localizacion era ya indicio de la infeccion que existia. Con todo, en muchos casos, como cuando la causa del mal es evidentemente esterna, sucede con demasiada constancia á la supresion local la curacion del individuo, y á su persistencia, la agravacion y generalizacion sucesiva de los síntomas, para que pueda dudarse de la benéfica influencia de los recursos usados localmente. Quedan los casos ocasionados más bien por la espontaneidad del organismo; pero aun entonces, ¿cómo se puede prescindir de la influencia agravante que deben ejercer las lesiones locales, para la precipitacion al menos del curso de la diátesis? ¿No reaccionarán sobre la generalidad estas afecciones localizadas, de la misma manera que las producidas por causa esterna? Y si en un sujeto predispuesto, toda lesion esterna es capaz de precipitar el curso de los accidentes, ¿no sucederá lo propio con las lesiones producidas por la espontaneidad del organismo, y con el concurso de causas exteriores indiferentes?

Es, pues, la cuestion complexa, y debe considerarse á un mismo tiempo bajo sus diversos puntos de vista, no esclusivamente desde este ó aquel, como han hecho la mayoría de los patólogos. Unos, partidarios de la localizacion, se han decidido solo por medios exteriores; otros, persuadidos de la generalizacion, no han visto más áncora de salud que el tratamiento interno, ó el paliativo cuando la enfermedad estaba calificada de incurable. Los primeros estirpaban un cáncer, por ejemplo, y dejaban abandonada la enfermedad general, que, oportunamente combatida en un principio, hubiera tal vez podido modificarse favorablemente. Los otros se limitaban á combatir el vicio interno, dejando á las afecciones locales adquirir grandes proporciones, é influir á su vez de una manera desventajosa en toda la economía. ¿Por qué no combinar discretamente una y otra série de recursos, haciendo predominar esta ó aquella segun los casos y circunstancias? A la estirpacion de un cáncer

acompañe y siga un tratamiento general, á propósito para evitar las recidivas. Si la predisposicion es muy marcada y la cronicidad demasiado rebelde, todo será inútil. Pero en muchos casos la espontaneidad del organismo necesita una ocasion exterior, que puede tal vez evitarse; en otros suele modificarse esta espontaneidad por diversas condiciones del individuo. ¿Quién es capaz de fijar límites al poder de la naturaleza y del arte? Ello es cierto que existen tales límites; pero nadie dirá que son este ó aquel, sino alguno, y en tal incertidumbre, la obligacion del arte es comprender todos los datos de la ciencia, obrando siempre con arreglo á sus instrucciones, y propendiendo constantemente á ensanchar la esfera de su actividad.

Insensiblemente hemos venido á parar, desde el caso en que la enfermedad crónica es manifestamente local, á aquel en que se presenta al propio tiempo como local y general. En estas circunstancias es preciso atender á la vez: 1.º á la localizacion; 2.º, al organismo. En cuanto á la localizacion puede ser ó no la más conveniente, debiéndosela respetar en el primer caso y sustituir en el segundo. A este lugar corresponde toda la teoria de la revulsion en las enfermedades crónicas. Tiene la revulsion por objeto dar á la afeccion general un curso más conveniente para la conservacion del individuo. Pero es preciso no olvidar, que las enfermedades locales ejercen también su influencia más ó menos perniciosa sobre la economía, y no escuder jamás del grado conveniente y necesario en el auxilio que se dé á la manifestacion de los síntomas locales. No se crea que, porque una localizacion graduada como uno favorece al estado general, graduándola como dos le favorecerá doblemente, porque este sería un pernicioso error. Las localizaciones, aun las más necesarias, son siempre un mal, y en este concepto debe procederse manteniéndolas en límites prudentes. ¿Cuántas veces no se ha visto á una supuracion demasiado abundante, producir el deterioro del organismo, y consecuencias peores que el mal que con ella se queria combatir! ¿Cuántas otras un flujo sanguíneo immoderado, una inflamacion exterior muy estensa, han producido accidentes de gran consideracion!

Atendidas convenientemente las manifestaciones locales, es preciso siempre oponer al mal general un método curativo sintético, que tenga por objeto reconstituir el organismo, proporcionarle nuevas condiciones, que le den aptitud para asimilar los agentes esternos normalmente, y no del modo morbose especial, que ha dado origen á la enfermedad cuyo curso se quiere interrumpir. Esta reconstitucion del organismo, y la conversion de la enfermedad en aguda, son recursos terapéuticos que pertenecen esclusivamente á las afecciones crónicas. En las agudas no se trata nunca á sabiendas de convertirlas en crónicas, ni se hace necesario reconstituir el organismo; porque no habiendo este determinado por sí la enfermedad, si una vez llega á vencerla, no es de temer que la reproduzca espontáneamente.

Los medios convenientes para reconstituir el organismo son muy numerosos. Unos, los más eficaces, pertenecen á la higiene, y consisten en el uso ordenado de todos los agentes del mundo exterior: los alimentos, la habitacion, la temperatura, los vestidos, los baños, los ejercicios, la accion oportuna de todos los órganos y la regularidad en las funciones, son resortes poderosos, que modificados y dirigidos con arreglo á los preceptos que emanan de una larga experiencia, acaban por cambiar las condiciones del individuo; destruyen sus predisposiciones; le proporcionan un temperamento más adecuado, y destierran por fin muchas enfermedades crónicas. No se ha estudiado bastante las modificaciones que debe sufrir el régimen higiénico segun las diversas enfermedades ó la disposicion á padecerlas, y esto tal vez porque los usos sociales relegan demasiado al médico al ejercicio de curar los males, dejando en la sombra su no menos importante papel de higienista. Cuanto ha dicho hasta ahora la ciencia sobre este vital asunto, aun contando con las brillantes anticipa-

ciones de la química moderna, necesita someterse nuevamente al crisol de una experimentacion ilustrada y convenientemente dirigida.

Los baños y aguas minerales, los recursos de la hidriatría, son también armas poderosísimas en la terapéutica de las enfermedades crónicas. Investigar las leyes físicas, químicas y geológicas, que constituyen la gran funcion hidrológica del universo y la especial de la mineralizacion de las aguas, no es seguramente la única ni la más importante mision del médico. Debe ante todo apreciar las leyes del organismo en la asimilacion de estos benéficos agentes, y las circunstancias que le permiten sacar de ellos un partido ventajoso para el restablecimiento y conservacion de la salud. Todas las funciones inorgánicas interesan solamente al médico, en cuanto son las variables que contribuyen á determinar la funcion de funciones, la funcion vital. Es preciso fijar con la posible exactitud, qué condiciones dinámicas y orgánicas de la economía se compadecen mejor con condiciones hidrológicas determinadas, para acercar el organismo al tipo ideal de la vida; cuyo objeto solo puede conseguirse por la experiencia, auxiliada de analogias derivadas de los principios de la ciencia. La investigacion de las leyes inorgánicas, estrañas de suyo á la medicina, puede sin embargo hacerse por el médico bajo otro concepto, si la cree útil ó no le satisface la efectuada por personas competentes. Lo que el médico no debe desconocer son los medios de comprobar la permanencia ó la alteracion posible de dichas leyes, que entran como variables en la funcion vital; pues habria inconveniente en considerarlas como fijas, atribuyendo indebidamente los cambios en la funcion, á causas que en ellos no hubieran intervenido.

También la materia médica tiene medios adecuados para reconstituir el organismo en las enfermedades crónicas. Estos medios son muy numerosos, y probablemente no habrá agente medicinal, que en circunstancias dadas no pueda contribuir á semejante fin. Pero los más usados y que cuentan á su favor resultados más incontestables, son unos pocos medicamentos, administrados bajo multitud de formas. Tenemos los amargos, y sobre todo la quina, cuyas virtudes en la curacion de las enfermedades crónicas quizá no estén bastante deslindadas; el iodo, tan eficaz en las afecciones escrófulosas que toman á la larga la forma consuntiva, y en no pocas caquexias de otros géneros, en las que favorece principalmente las funciones circulatorias y plásticas; el aceite de hígado de pescado, útil casi siempre en grupos de fenómenos morbosos idénticos ó análogos á los anteriores, pero cuyos efectos son más lentos y más permanentes; el hierro, tónico por excelencia, que oportunamente administrado, permite á los sistemas orgánicos desenvolver una energía más normal y más completa; el azufre, que es convenientemente asimilado en circunstancias al parecer bastante diversas, en que el calor, la circulacion y otras funciones, ofrecen en ciertos puntos un grado físicamente superior al que corresponde al tipo regular de la vida; el mercurio y los alcalis, utilizados en casos análogos, en que hay escésiva plasticidad, ó por lo menos no se necesita aumentarla; la cicuta, que tan á menudo se manifiesta energicamente resolutiva, y algunos otros en fin, que pudiéramos ir enumerando, aunque no tan conocidos y experimentados como la mayor parte de los que acabamos de indicar.

Las pocas palabras con que hemos acompañado la enumeracion de los citados remedios, no llevan más objeto que el de enunciar una síntesis grosera de su funcion terapéutica especial, tal como se halla generalmente admitida, ó como nosotros la concebimos. Para deslindar los elementos de esta síntesis, se necesita una análisis detenida, que en parte han hecho ya los estudios terapéuticos de los médicos de todas las épocas, y en parte se halla indefinidamente abierta á los ensayos de una nueva é incesante experimentacion. Si se acierta á dirigir estos ensayos con ánimo desprevénido, con un espíritu filosófico exento de quimeras y de tesis absolutas, pueden esperarse en poco tiempo resultados comparati-



vamente muy considerables. Lo que hasta aquí se ha opuesto á los progresos de la medicina, aparte de las dificultades inherentes á una ciencia experimental, que versa sobre funciones tan variables é independientes, es el mezquino espíritu de sistema, que impidiendo la adopción de unos principios y dando demasiada estension á otros, los esterilizaba á todos en la práctica. Gracias al buen sentido, que en medio de tantas vicisitudes no ha temido nunca incurrir en contradicciones teóricas, donde la práctica le presentaba leyes positivas que adoptar. Pero este divorcio casi constante de la especulación y la experiencia, destinadas á auxiliarse y sostenerse mutuamente, no ha podido menos de influir de una manera desventajosa en los adelantamientos del arte.

Terminaremos este imperfecto bosquejo, inculcando la necesidad de tener muy en cuenta las condiciones individuales al establecer el plan curativo de las enfermedades crónicas. ¡Cuán diferentes son, por ejemplo, los resultados de la terapéutica, según el sexo de los individuos en quienes recaen las enfermedades! La mujer ofrece una función, tipo á la vez de las normales y las morbosas, destinada á constituir una manifestación intermitente, regular, de otra función más intermitente todavía, y sobre todo intermitente con irregularidad, que comprende la gestación y la lactancia. Esta función, que priva periódicamente al organismo de un exceso de elementos plásticos, le permite en igualdad de circunstancias, imprimir un curso relativamente más favorable á la mayor parte de las enfermedades crónicas. La gota y sus numerosas manifestaciones, privadas tal vez de un concurso necesario por la función crítica mensual del organismo, ceden su puesto á una afección sin materia, al proteiforme histerismo, á las neurálgias y á las neurosis crónicas. La afección tuberculosa es menos temible mientras se conserva el flujo ménstruo, y la época en que este desaparece es la más espuesta á las hidropesías, cánceres y otras lesiones orgánicas. Del propio modo que el flujo periódico modifica las enfermedades crónicas en la mujer, puede modificarlas en el hombre un flujo hemorroidal que ofrezca igual carácter, ó cualquier otra circunstancia individual; y por eso es tan necesario contar siempre con el organismo, para formar juicio de los resultados de la medicación.

Insólito sería ahora resumir cuanto viene espuesto en estas breves consideraciones: nada diríamos que no se halle muy al alcance de todos los buenos prácticos. No aspiramos á la novedad absoluta, y si diésemos con ella, la tendríamos por error, porque la verdad es vieja como el mundo. Sin embargo, esta verdad vieja se halla destinada á vaciarse en un molde continuamente renovado, y de aquí su novedad relativa. Un objeto nos proponemos en este, como en los demás imperfectísimos ensayos que hemos confiado á la benevolencia de nuestros lectores: contribuir á que el espíritu filosófico, con la debida conciencia de sí mismo, deje de encerrar teóricamente los hechos científicos dentro de líneas inflexibles, traspasadas á menudo por el arte en obsequio de la humanidad. Así es que en el arte mismo no pueden influir nuestros principios, sino dejando espedita su acción. Si esto es poco, si alguno nos pidiera resultados experimentales obtenidos *á priori*, le diríamos que desconocía el principio de toda ciencia, y nos quería hacer dar precisamente en el escollo de que con más cuidado pretendemos huir. Harto haremos si conseguimos poner de acuerdo la teoría con la práctica, y armonizar estos dos elementos, que debieran servir de ejes seguros á la medicina en sus tranquilas revoluciones por el estadio de las ciencias.

Nieto.

## FUNDAMENTOS

DE LA MEDICINA NATURAL Y SIMPLICÍSIMA.

## PARTE SEGUNDA.

HISTORIA.

## E.—Alejandría.

279. Nada nuevo produjo en filosofía la *Gran Biblioteca*. Los trabajos filosóficos de los sabios reunidos en ella

se limitaron por lo general á la reunión de todo lo más importante de las escuelas griegas contenido en todas y cada una de sus ramas primordiales, accesorias y degeneradas.

280. Así es, que esceptuando cierto colorido que la dieron sus principales filósofos, *Calimaco*, *Apolonio de Rodas*, *Straton*, *Heráclito de Tiro*, *Aristophanes de Bizancio*, etc., inclinándose algun tanto á la filosofía de *Epicuro* y de *Pirron*, reuniéronse en ella, hasta la escuela *escéptica* de este último filósofo, las continuaciones degeneradas de las filosofías de *Platon* y de *Aristóteles*: la primera por el *estoicismo* de *Zenon*, continuado por *Cleanto*, *Crisipo de Fario*, *Zenon de Tarso*, *Diógenes de Seleucia*, *Musarco*, *Panecio* y *Pósidonio*: la segunda por *Epicuro*, seguido por *Neocles*, *Cheredemo*, *Aristóbulo*, *Metodoro*, *Timocrates*, *Idomeneo* y otros, teniendo también su lugar en la *Biblioteca* la transición entre estas escuelas y la *escéptica* de *Pirron* que antes he referido, por los filósofos *Arcesilao*, *Láclides de Cirene*, *Evarandro*, *Teleis de Focida* y *Egesimo de Pérgamo*, que formaron la 2.<sup>a</sup> *Academia* ó *media*, y los *Carneades*, *Elitomo de Cartago*, *Filon de Larisa* y *Antiocho de Ascalonia*, que formaron la tercera.

V.

281. Mientras tanto la medicina se cultivó en Alejandría con mucho ardor. La escuela hipocrática ó *dogmática* contó entre sus secuaces á los más notables médicos de la época, si bien con las modificaciones que califican su degeneración indispensable por los adelantos sucesivos de la época. La *escuela empírica*, llevando al exceso la severidad y rigidez de la observación clínica, intentó desentenderse del gran papel que el raciocinio debía llenar, para ser completo el pensamiento hipocrático. La *metodista*, dando nueva entrada á este elemento racional, quiso organizar los hechos recogidos por la observación empírica con arreglo á una teoría, producto de las que se derivaban de ciertas explicaciones fisiológicas y algunos adelantos de la *anatomía* y *materia médica*. La *eclectica*, en fin, *episintética*, *neumática* ó *espiritual* con una pronunciada reacción dogmática, dió libre entrada otra vez á las hipótesis y teorías que los *empíricos* desecharon y los *metodistas* aceptaron con economía al admitir el elemento *neuma* ó *espíritu*, para presidir á los fenómenos de la salud y de la enfermedad, preparando así la época de *Galeno*. Estas fueron las principales sectas de la *escuela alejandriaca*.

282. Reflexionando sobre esta notable época advierto, que toda la llena el gran tronco de la medicina hipocrática, incompletamente robustecido por cada una de las sectas referidas, al fundar el todo del pensamiento médico en uno solo de sus extremos, ó degenerado, al llenar alguno de estos, con materiales extraños á la observación clínica, recogidos en el campo de ciencias más ó menos afines con la de curar.

283. Hipócrates solamente fué influido en *Herófilo* y *Herasistrato* por las doctrinas de *Aristóteles* y *Platon*; pero los *empíricos* con su *autopsia*, *historia* y *epilogismo*, robustecieron la observación empírica hipocrática que dió por resultado los *aforismos* y *pronósticos*, dejando secar ese otro brillante y útil elemento que puede brotar y brota en efecto de dicha estricta observación clínica, único que puede dar á la ciencia fundamento científico: hacerla practicable por la juventud y convertirla en entidad moral de progresivo desarrollo, que allá en los tiempos antiguos produjo los libros de *aguas*, *aires* y *lugares*, y los no menos celebrados de *epidemias*.

284. Comprendiendo al parecer los *Asclepiades de Bitinia*, *Themison de Laodicea*, *Thésalo*, *Celso*, *Celso Aureliano* y otros *metodistas* que el pensamiento hipocrático estaba incompleto en los *empíricos*, trataron de dar entrada al raciocinio, para completarlo, explicando el caudal de observaciones empíricas, no con arreglo á lo que de ellas mismas surgiese, sin salir de la observación clínica hipocrática, sino bastardeando este sapientísimo extremo, cuando apelaron á la doctrina de *Epicuro*, la cual les suministró los átomos de diversos tamaños y figuras que atravesaban los poros más ó menos abiertos de los tejidos, viniendo de aquí el *strictum* y el *laxum*: el estado *mixto*, las *comunidades*, las *conveniencias*, etc., etc.

285. Los *neumáticos*, en fin, que comprendían lo bueno y malo que todos estos pensamientos ofrecían, y que entre los átomos de *Epicuro* aceptados por los materialistas del *metodismo* estaba perdida aquella *natura*; aquella entidad hipocrática indeterminada que era, es y será siempre el principio y fin de todo raciocinio médico práctico, útil, piadoso y progresivo (aunque esto último se resistan á creerlo todos aquellos médicos cuya soberbia intelectual no haya sido dominada por la grave responsabili-

dad en que los ponen los enfermos que se entregan á su prudente sabiduría), dieron entrada á semejante principio con el nombre de *pneuma*, para que gobernase y rigiese la máquina de hechos y teorías incongruentes que su amor á la verdad les hizo formar con *eclectico* espíritu. Mas ya, al determinar aquella entidad hipocrática; al darle un nombre, al tratar de señalarla, definirla y describirla, incurrieron en hipótesis dañosa: 1.<sup>o</sup> porque tales descripciones recaían sobre una entidad tan falsa, como concreta, cuanto que es mas cierta, como abstracta; y 2.<sup>o</sup> porque al señalar su falsedad concreta las sectas posteriores, al poner en su lugar otro concreto con diferente nombre, pero que revele la misma entidad, ha de llegar época en que, negando la verdad de los concretos, se dude y niegue también el abstracto certísimo que Hipócrates creyó sin determinarlo. Hay cosas ciertas en medicina práctica que, á semejanza de otras de la religión, debemos creer sin examinar, porque son tan delicadas, que el intenso fuego de la inteligencia humana las desvanece y aniquila, y son, sin embargo, verdades. Formaron esta secta, entre otros, *Archigenes de Apamea*, *Plinio el viejo*, *Plutarco de Queronea*, *Ateneo*, *Areteo*, *Pósidonio*, etc.

VI.

286. Veamos ahora los adelantos de la escuela de Alejandría, sin embargo de que otra vez se había separado la medicina del verdadero camino en que Hipócrates la colocó, cayendo en manos de los filósofos y comenzando á sufrir de lleno todos los cataclismos y vicisitudes de ellos.

a. La *anatomía* fué muy ampliamente estudiada en esta escuela, principalmente por los médicos *Herófilo* y *Herasistrato*, y aunque todavía se conservaron grandes errores, también se aumentó el catálogo de los buenos descubrimientos; pero no influyeron estos todavía marcadamente en los adelantos de la *fisiología*; mas bien sirvieron, lo que es más racional, para dar valor al cirujano y mayor seguridad y atrevimiento en sus procedimientos: así se explican los muchos y buenos que por entonces brillaron, y el manifestar el mismo *Herasistrato* mas amor á la *cirujía* que á la medicina, que consideraba siempre lleno de dudas é incertidumbres (a).

b. La *fisiología* y *patología* influidas por los sistemas reinantes, ofrecieron iguales vicisitudes, como queda dicho; sin embargo, parece que *Herófilo* distinguió el *ritmo*, *cadencia* é *igualdad* del pulso, siendo también de notar, que los más célebres médicos de aquella época, y principalmente *Herasistrato*, no se inquietaron mucho por buscar las causas de los fenómenos, pues que esto creían que era mas bien objeto de los filósofos que de los médicos.

c. La *materia médica* dá un paso colosal. *Herófilo*, que parece llegó á tener muchos y buenos conocimientos en botánica, asegura que no había una planta que no fuese medicinal. *Eudeme*, sectario sayo, inventó la *triaxa*; *Nicandro*, de la misma secta, escribió una poesía sobre la *triaxa* y sobre los *alexifarmacos*. *Theofrasto*, que trató de la medicina como filósofo, escribió una obra de *botánica* que ha llegado á nosotros. *Straton* también escribió sobre *Historia natural*. *Heráclito de Tarento*, de la escuela empírica, perfeccionó mucho la *materia médica* de su tiempo. *Zopiro*, de la misma secta, inventó la *ambrosia*, y clasificó los medicamentos según su modo de acción. *Cratevas* dedicó á *Mitridates* una obra con láminas sobre las virtudes de las plantas. *Cleofanto* fué muy celebrado por su descripción de las plantas medicinales. *Nicandro de Colofon* en su poema titulado *Geórgica*, describió *venenos* y *antídotos*; la *Teriaca*, en donde hay hechos curiosos de *Historia natural*, y la continuación de la *Geórgica* bajo el título *alexifarmaca*. *Heras de Capadocia* compuso su *Pharmaca* de *materia médica* y *farmacia*. *Escribonio Largo*, de la secta *metódica*, escribió un libro en latín muy citado de *Galeno*, sobre la *composición* de los medicamentos. *Dioscórides Anazarbeo*, de la misma secta, escribió su tan conocida obra sobre las plantas. *Plinio el viejo* escribió sus conocidos 37 libros sobre *Historia natural*. *Rufo de Efeso* escribió en verso sobre la *materia médica*. De tal manera, en fin, creció y se propagó el gusto por el estudio de la *Historia natural*, *toxicología* y *farmacia*, que hasta los mismos príncipes las cultivaron: cuéntanse entre ellos *Atalo Filometor*, último Rey de Pérgamo, y *Mitridates Eupator*, Rey del Ponto.

d. Sin embargo de este gran desarrollo que se observaba hacia esta época en el campo de la *materia médica* y de la *Historia natural*, no parece que todos los médicos de las sectas alejandriacas aprovechaban en la práctica tantos numerosos descubrimientos; por lo menos, muchos

(a) La facultad médica se dividió en esta época en *Dietética*, *Quirúrgica* y *Farmacéutica*.



había que, indiferentes al parecer á tal progreso ó desconfiados de la bondad de aquellos adelantos, conservaban en sus prescripciones curativas aquella primitiva sencillez que se observa en el fondo práctico de la escuela dogmática. *Herófilo* y *Herasistrato* eran sencillísimos en terapéutica y principalmente el segundo, que hacía consistir toda su medicina en la abstinencia, ejercicio y tal cual remedio muy simple, pues criticaba fuertemente la *polifarmacia*; la cual, sin embargo, algunos usaban cuando ya la criticaba. *Platónico* ponderó la excelencia del uso del *agua* para la salud, remedio bien sencillo; mientras que *Pasithénus* y *Cleofanto* ponderaron también las virtudes del *vino*. *Asclepiades de Bitinia* es también sencillísimo en la práctica; usaba principalmente la gimnástica y las fricciones. *CELSO*: aquel médico cuyas obras de estilo elegante fueron honor de su tiempo, es muy atento á la *higiene*, á la que dió más importancia que á la terapéutica. De los ocho libros que componen su *Ré medica*, solamente el 5.º y 6.º se refieren á la composición de los medicamentos, y son de estos muy pocos los del uso interno. Sin embargo, es indudable que estaba dado el paso más avanzado en el sentido de la *polifarmacia*, y que la medicina fundamental era ya otra vez en estos tiempos *victima de los sistemas filosóficos*.

Estos son los dos grandes rasgos de la medicina en el período *alejandrino*, hasta *Galeno* y los primeros años de *Roma*.

J. Garófalo.

## PRENSA MEDICA.

### TERAPÉUTICA.

#### Galvanismo como anestésico.

A fin de que pueda irse formando opinión acerca del grado de importancia que al galvanismo deba concederse como anestésico, vamos á consignar las siguientes líneas, extracto de un artículo que sobre el asunto vemos en la *Gazette hebdomadaire*:

En una de las sesiones de la Academia de medicina de París presentó el Sr. MOREL-LAVALLÉE una Memoria, en la que señalaba los buenos efectos que había obtenido del galvanismo, aplicado, como anestésico local, á la avulsión de los dientes y á las incisiones de los paronizos y de ciertos abscesos.

Pues bien, algunos días despues quiso el Sr. NELATON, segun parece, hacer el ensayo de este medio en un sexagenario, admitido en el hospital de las clínicas con un flemón supurado de la región perineal, consecutivo á una estrechez de la uretra; y hé aquí el resultado:

El bisturi, puesto en comunicación con un aparato de inducción, fué aislado de la mano del operador por medio de una cubierta de seda. Antes de introducirle en el foco, el Sr. NELATON pasó la punta y el lomo del instrumento sobre los tejidos que cubrían al absceso. El enfermo se quejó de dolores muy vivos en el momento del paso de la corriente: disminuyóse la intensidad de esta; hasta se ensayó una corriente más débil; pero el enfermo no la soportó mejor.

Renunciando entonces el Sr. NELATON á un medio, que en vez de extinguir el dolor no hacía mas que exaltarle, adormeció al paciente con el cloroformo y practicó la operación. El pus se hallaba reunido en el tejido celular que separa el bulbo uretral del músculo bulbo-cavernoso.

La única conclusion que hasta el día puede rigurosamente sacarse de este hecho (dice la *Gazette hebdomadaire*), es que la electrización aplicada á la incisión de los abscesos submusculares, exagera el dolor en vez de suprimirle, porque si cuando un músculo comprime, estrangula una parte inflamada, dolorida, se dirige una corriente galvánica, resultan contracciones bruscas energicas, que aumentan en el más alto grado la estrangulación y exaltan los dolores hasta el exceso.

—El tiempo decidirá lo que haya de verdaderamente importante en este asunto.

#### Cateterismo y cauterización de las vías aéreas.

En una sesión del año anterior leyó el Sr. TROUSSEAU en la Academia de medicina de París una Memoria del Dr. LOISEAU, relativa á un procedimiento muy sencillo y fácil, por medio del cual se penetra en las vías aéreas, para cauterizarlas, extraer falsas membranas, dilatar la glótis ó introducir sustancias líquidas ó pulverulentas para el tratamiento del croup, á fin de sustituir á la traqueotomía, cuando esta no se halla indicada. Hé aquí el procedimiento, tal como le vemos descrito en la *Gaceta médica de Lisboa*:

Se hace sentar á la criatura en las rodillas de un ayudante y otro la fija bien la cabeza sobre la espalda; el operador entonces, abriéndole la boca con una cuchara, dirige el dedo indicador (armado en su falange metacarpiana de un anillo metálico de dos á tres centímetros de largo) hasta el fondo de la faringe: auxiliado por este dedo y girando con él sobre la base de la lengua hasta tocar la glótis levantada, dirige un tubo laringeo, que fácilmente hace penetrar en la laringe á través de la glótis.

Por este medio se hace fácil la introducción de sustancias líquidas ó pulverulentas, pudiéndose también introducir por el tubo una barba de ballena ó una sonda de goma elástica, con una esponja en uno de sus extre-

mos, bien para practicar la cauterización, empapándola en líquidos causticos, ó bien para despegar las falsas membranas que revisten el tubo aéreo.

#### Cloroformo: causa inmediata de la muerte por esta sustancia; precauciones que deben adoptarse al administrarle; tratamiento de los accidentes que sobrevengan.

El interés del asunto de que en este artículo se trata, nos obliga á trasladarle íntegro de las columnas de la *Gazette médicale d'Orient*. Héle aquí:

El Dr. CHAPMAN presenta las conclusiones siguientes acerca del modo de acción de los anestésicos:

La oxidación del tejido nervioso es una de las condiciones necesarias á la acción nerviosa. Todo procedimiento que se opone á esta oxidación produce la anestesia.

El cloroformo, el éter, el amileno y otros compuestos hidro-carbonados, cuando son inhalados, producen la anestesia, quitando á la sangre la cantidad de oxígeno que debía adquirir á su paso á través de los pulmones. Por el hecho mismo de que en vez de sostener la combustión, son ellos mismos combustibles, absorben el oxígeno de los glóbulos de la sangre é impiden la oxidación del tejido nervioso, al mismo tiempo que impregnan el organismo de ácido carbónico. La anestesia en la más graduada embriaguez y el último grado del croup, son de esta naturaleza. El óxido nítrico, que es un excitante energético al principio de la inhalación, produce la anestesia acelerando más de lo regular la combustión; por esta causa sobrecarga los capilares de ácido carbónico y los hace inaccesibles al oxígeno; de esta manera también la anestesia es el resultado de la oxidación insuficiente del tejido nervioso.

El peligro del uso de los anestésicos está en razón directa de su potencia. Los anestésicos causan la muerte de tres maneras: 1.º impidiendo la oxidación del cerebro, disminuyen ó hacen cesar su influencia sobre el corazón por el intermedio del nervio neumogástrico; 2.º impidiendo la oxidación de los ganglios nerviosos del tejido del corazón mismo, disminuyen la acción automática de este órgano; 3.º impidiendo la circulación pulmonal, producen la congestión de los órganos implicados en esta función y sus consecuencias: la distensión de las ramas y del tronco de la arteria pulmonal y la obstrucción del ventrículo derecho, que puede ser tal, que haga cesar completamente la acción del corazón.

En apoyo de esta última proposición, el Dr. CHAPMAN cita el experimento siguiente: un gato fué sometido á la influencia del cloroformo, hasta que cesó enteramente la acción del corazón, hasta que estuvo bien muerto. Abrióse el tórax; el corazón apareció perfectamente inmóvil; la aurícula y el ventrículo derecho, fuertemente dilatados por la sangre que contenían. El pericardio apretaba ó comprimía de una manera notable al corazón hinchado, y habiéndose practicado una ligera incisión en el sitio correspondiente á la aurícula derecha, al punto salió esta por la abertura. Habiendo separado el pericardio, el corazón permaneció completamente inmóvil; para desingurgitarle se cortó la arteria pulmonal y la aorta, y súbitamente el corazón recobró sus contracciones rítmicas; las aurículas y los ventrículos continuaron contrayéndose alternativamente por espacio de más de media hora; las contracciones eran constantes, pero se verificaban con intervalos irregulares. Habiéndose secado la superficie del ventrículo derecho, su acción cesó al cabo de media hora; pero la aurícula que recibía todavía sangre de la vena-cava, continuó contrayéndose vigorosa y regularmente. Al cabo de una hora las contracciones eran 14, á la hora y media 12 por minuto. Habiendo sido cortada la vena-cava, la aurícula se estrechó, y despues de algunas contracciones cesó todo movimiento.

Segun el autor, este experimento prueba que en estos casos la cesación de los movimientos del corazón no depende en manera alguna de la parálisis de este órgano, y que aun cuando las funciones de la parte cerebro-espinal queden muy pronto suspendidas por el cloroformo, la porción simpática resiste mucho más tiempo á su influencia.

Los anestésicos ofrecen el mayor peligro para los individuos cuya acción del corazón es poco energética.

El vapor de cloroformo y de los demás hidro-carbonados debe administrarse mezclado con una proporción de aire atmosférico bastante considerable, para que (aun cuando disminuyendo bastante el oxígeno para producir la anestesia) no impida la circulación de la sangre á través de los pulmones; de esta manera se evitará la obstrucción de la arteria pulmonal y la compresión del corazón. Por esta razón, la mejor manera de administrarle es por medio de un aparato y no de una servilleta ó de un pañuelo.

Los últimos casos de muerte (en dos muchachos de 8 y 11 años) han probado que las mismas precauciones son de rigor en los jóvenes y en los viejos.

Ningun médico deberá administrar los anestésicos sin ayudante competente, y sin tener á la mano todo lo que podría necesitar en caso de accidente. Durante la inhalación estará atento á la respiración del paciente; no se contentará con aplicar el dedo á la arteria temporal, que puede fácilmente desviarse por cualquier movimiento brusco, sino que no abandonará el pulso, y la menor intermitencia, oscilación ó cesación, deberá ser una indicación imperiosa de suspender la aplicación ó admitir más aire atmosférico.

Cuando el enfermo, casi insensible, comienza á agitarse, no se le deberá obligar (como se acostumbra) á inhalar copiosamente; sino cesar, y luego volver de nuevo á las inhalaciones admitiendo más aire: los esfuerzos del enfermo para desembarazarse del remedio deben, en este caso, ser considerados como instintivos para la preservación de la vida.

En caso de accidente será preciso procurar excitar la respiración artificial, preservando el calor del cuerpo. Es probable que si al principio se pudiese hacer respirar oxí-

geno puro, se obtendría mejor resultado que con el aire atmosférico. La respiración artificial será mas fácilmente escitada, retirando la lengua por medio de los dedos para abrir la glótis, y comprimiendo y aflojando alternativamente el pecho y el abdomen. Esta manera es preferible á la de por cambio de posición (MARSHALL-HALL), porque permite observar la cara del paciente y no impide el empleo simultáneo de otros excitantes (afusiones frias, galvanismo, etc.). Tal es el resumen de las comunicaciones y de las observaciones que contiene el *Medical Times and Gazette* de los días 16, 23 y 30 de octubre, con motivo de los frecuentes accidentes que poco hace han tenido lugar.

## PATOLOGIA GENERAL.

### Pulso dicreto; su interpretación hidráulica.

Un hecho clínico (dice la *Gazette hebdomadaire*) cuyo descubrimiento se debe al Sr. BEAU, viene á echar abajo todas las teorías por las cuales se había intentado explicar el dicretismo: tal es la falta constante de la doble pulsación en la arteria femoral y en todas las arterias del miembro inferior, aun en los casos en que las arterias del brazo y de la cabeza presentan el más pronunciado dicretismo.

El autor de la Memoria en cuestión, Sr. MERET, propone una teoría nueva del dicretismo, basada en la teoría del eco. He aquí en qué términos la desenvuelve:

El pulso dicreto percibido en las arterias que nacen cerca del origen de la aorta, es debido al reflujo de una pulsación, que se refleja en la terminación de la aorta sobre la cresta que resulta de la bifurcación en las dos ilíacas.

De la misma manera que, en la repetición de un sonido por un eco, el observador colocado en la pared reflejante no percibe mas que una vez dicho sonido, al paso que es doble en el punto de donde parte, así el dedo que explora la femoral no percibe mas que una pulsación porque esta arteria nace del punto en que la oleada se refleja; al paso que la pulsación es doble en las arterias que nacen cerca del origen de la aorta, es decir, cerca del sitio de donde parte la oleada lanzada por el corazón. En cuanto á la menor intensidad de la segunda pulsación, corresponde exactamente á la menor intensidad del segundo ruido en un eco, y se explica por el más largo trayecto que ha tenido que recorrer esta oleada, y durante el cual ha debido necesariamente debilitarse.

Se objetará tal vez, que si el pulso dicreto fuera debido á una disposición anatómica constante, debería existir siempre, aun en el estado de la salud más perfecta. A esto respondo, que tal vez en el estado normal hay en las arterias en que el dicretismo puede producirse una segunda pulsación, insensible á nuestro tacto, pero que podrían traducir aparatos sensibles.

El Sr. MERET ha ejecutado una serie de experimentos que han confirmado plenamente estos datos teóricos.

## PATOLOGIA INTERNA.

### Croup: estadística mortuoria de esta enfermedad.

Con motivo de una comunicación hecha á la Academia de Ciencias de París, el Sr. BARTHEZ dirigió hace algun tiempo á dicha corporación una nota sobre la estadística mortuoria del croup.

El autor, en una carta unida á su nota, la resume en los términos siguientes:

«En este trabajo trato de demostrar las siguientes proposiciones:

1.º Si se niega que el número de croups ha aumentado en París, en una proporción mayor que la población, es necesario admitir que desde 1826 á 1840 se curaba un croup de tres, al paso que desde 1841 hasta 1848 no se ha curado ni uno siquiera. Esta conclusion que resulta de las tablas mortuorias del Sr. BOUCHUT es tal, que no hay motivo para insistir en ella.

2.º Este aumento del número de croups en París es mucho más rápido que el de la población.

3.º El tratamiento del croup en el hospital de Niños, desde 1833 á 1839 dió por resultado, consignado en las publicaciones de aquella época, una curación entre 6  $\frac{1}{2}$ , y en 1840 y 1841 una curación entre 18  $\frac{1}{2}$ . El tratamiento moderno del croup en el hospital de Niños desde hace 8 años y en el hospital Santa Eugenia desde su fundación da una curación entre 3 ó 4.

4.º Así pues, por una parte, la proporción de croups ha aumentado considerablemente en París desde hace 20 años; y por otra, el tratamiento moderno del croup ha disminuido la proporción de la mortandad, por lo menos en nuestros hospitales, y constituye un progreso por el cual tienen motivo para enorgullecerse los médicos.

5.º Pero esto no impide reconocer que la traqueotomía puede ocasionar ciertos accidentes, que nosotros conocemos y cuyo número y gravedad podemos disminuir.»

## ANATOMIA PATOLÓGICA.

### Bazo: alteraciones morbosas de esta viscera.

Estudiando el Dr. F. FUHRER (de Hamburgo) las diversas alteraciones que presenta el tejido del bazo en diferentes estados morbosos, dice que la mayor parte de ellas consisten en una alteración particular del parénquima propio, especie de red de células capilares en que se forman los corpúsculos sanguíneos antes de su paso á las venas.

Las principales modificaciones del bazo son agrupadas por el autor del modo siguiente:

1.º Suspensión del desenvolvimiento de los elementos del órgano (marasmo y sarcoma del bazo), y aun desaparición de estos elementos (cirrosis).

2.º Desenvolvimiento excesivo, pero sin formación



completa de las células, con degeneración grasienta (bazo clorótico).

3.º Degeneración en tejido compacto de las células capilares, y transformación de estas en capilares permanentes, con dilatación y engrosamiento de los pequeños vasos (bazo sarcomatoso).

4.º Desenvolvimiento excesivo de las células capilares (plétora, hipertrofia, fungus del bazo).

5.º Infiltración de materia moribunda en las células, lo cual las vuelve informes, determina su fusión ó desaparición, y les da nuevas formas (bazo lardáceo, inflamación parenquimatosa con secreción de pus, cáncer).

## PRENSA FARMACEUTICA.

### Esparadrapo de minio quemado.

Desde hace mucho tiempo (unos 25 años), emplea el Sr. Colson en los hospitales de Noyon y en su clientela particular, un esparadrapo hecho con el emplastro siguiente:

Acetate de olivas.	500 gramos.
Minio.	250 —
Cera amarilla.	185 —

Este esparadrapo, dice, *no produce jamás erisipela, ni eritema, ni irritación* como el que está hecho con el emplastro de diquilon gomado. Puede servir en el mayor número de casos en que se emplean los vendotes de diquilon y de Vigo, aun cuando tal vez es algo menos aglutinante. Pero no determinando nunca la menor irritación, es excelente para curar las úlceras, los vejigatorios y los cauterios, etc., y favorece la reunión inmediata de las heridas, sin provocar el más ligero inconveniente. Goza todas las cualidades que debería poseer, pero que no posee, el esparadrapo de diquilon.

Hé aquí la manera de preparar el emplastro de minio quemado: Se colocan juntas estas tres sustancias en una fuente ó cápsula á un fuego vivo. Se menea la mezcla con una espátula, hasta que el emplastro se ponga negro; se retira entonces del fuego y se continúa meneando hasta que esté muy espeso.

En seguida se forman magdaleñas que se conservan para el uso, arrollando este emplastro sobre un mármol mojado con agua fría. Se hace uso de este emplastro estendiéndole en pedazos de hierro como para los esparadrapos de Vigo y de diquilon.

Para que este esparadrapo sea aglutinante, es necesario que esté reciente, pues en el caso contrario se pone escamoso, se resquebraja y se desprende del lienzo, y entonces no sirve para nada. Pero se le puede refrescar volviendo á pasar sobre él una pequeña cantidad de emplastro reciente y caliente, y entonces se hace aglutinante. En los hospitales, donde se hace un gran consumo de esparadrapo, este inconveniente no existe. Los prácticos que le emplean rara vez, pueden conservar magdaleñas de emplastro de minio quemado, y hacer la preparación estemporánea del esparadrapo, estendiéndole el emplastro rebelan decido sobre la tela destinada á este uso, con una espátula ó simplemente con el pulgar previamente humedecido.

Por la Prensa médica y farmacéutica, E. CASTEJO SERRA.

## PARTE OFICIAL.

### REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.

Sesión pública del 16 de enero de 1859.

Abierta la sesión, leyó el señor Secretario de gobierno el siguiente extracto de actas del año próximo pasado.

El año de 1858, si no de los más aprovechados, no ha sido tampoco perdido por la Real Academia de Medicina de Madrid. Colocada esta corporación en una situación hasta cierto punto excepcional, en la expectativa de reformas que ella misma tiene indicadas y pedidas, y entorpecida en su marcha por obstáculos que no es de este momento enumerar, apenas ha podido de mucho tiempo á esta parte contar con la organización y con el sosiego, que fueran indispensables para entregarse de lleno á las benéficas tareas que corresponden á instituciones de su clase.

Sin embargo, en medio de condiciones tan difíciles, no ha dejado un momento de prestar sus servicios á la administración y á la ciencia, como se verá por la breve reseña que va á hacer la secretaría, de sus trabajos durante el año que acaba de transcurrir. Trabajos útiles, aunque modestos, y que en lo sucesivo ofrecerán probablemente un interés cada vez mayor, merced á los incesantes esfuerzos de esta corporación, por allanar en cuanto esté de su parte, los obstáculos que hasta el día ha encontrado en su camino.

Una de las principales ocupaciones de la Academia ha sido, contestar á las preguntas hechas por las autoridades judiciales relativamente á asuntos de medicina legal. Algunos de estos asuntos han dado lugar á discusiones luminosas, de las que ha resultado siempre el esclarecimiento de los hechos. Grave responsabilidad lleva consigo este género de tareas; pero se halla compensada con la satisfacción de poder contribuir al sagrado objeto de la justicia, poniendo en claro los delitos, y contribuyendo en mas de una ocasión á atenuar el rigor de la ley, pronto á caer sobre la cabeza de un acusado.

Las contestaciones al Gobierno sobre cuestiones científicas, y principalmente sobre las relativas á privilegios para la venta de medicamentos y otros asuntos relativos

á la higiene pública, han ocupado también á esta corporación. Estos documentos, que por su naturaleza oficial no llegan siempre á conocimiento del público, tienen sin embargo no poca influencia en las medidas administrativas correspondientes, en las que cabe por lo tanto, su parte de honra y de responsabilidad á la corporación que las aconseja.

Con motivo de la provision de dos plazas vacantes de socios de número, se han leído en la Academia las siguientes Memorias, recayendo sobre las dos primeras la discusión que previene el reglamento.

¿Qué valor tiene la estadística en medicina? por don Mariano Benavente.

Discurso acerca de las reformas tocantes á la higiene y administración de las Inclusas y Hospicios; por D. José Ametller.

Diagnóstico diferencial entre la inercia atónica y el espasmo tónico de la matriz en el acto del parto; por don Gabino Rufilanchas.

La comisión de efemérides, continuando sin interrupción la útil tarea que se ha impuesto hace algunos años, ha presentado sus dictámenes sobre las constituciones médica y epidémica de todo el año próximo pasado; y estos trabajos, que se han publicado por acuerdo de la corporación, han suscitado en ella discusiones interesantes.

También se han ocupado algunas sesiones en la lectura de juicios críticos de obras nacionales y extranjeras, y en las observaciones que acerca de ellas se han hecho por los señores académicos.

Asimismo se han confiado á la Academia por el Gobierno varias análisis químicas, necesarias para el esclarecimiento de ciertas cuestiones administrativas y judiciales.

La Academia ha seguido su correspondencia con las demás sociedades de la misma índole, así nacionales como extranjeras, recibiendo también muchas comunicaciones de profesores particulares, acompañadas frecuentemente de obras y memorias.

La Real Academia de Ciencias la ha remitido sus Memorias, los números de su Revista, y un ejemplar de todas sus demás publicaciones.

La comisión del mapa geológico de España la ha enviado también la continuación de sus trabajos.

Las demás Academias de Medicina de España, los rectores de las Universidades y otras corporaciones científicas, han contribuido asimismo á enriquecer su archivo y biblioteca con documentos interesantes.

El Catálogo de las obras que por estos conceptos y por la generosidad de sus socios numerarios y correspondientes y de otros profesores ha adquirido la Academia, es bastante copioso: la secretaría se abstiene de leerle por no fatigar la atención de los señores académicos, y demás personas que han tenido á bien concurrir á este acto.

En un breve espacio de tiempo ha tenido la Academia el sentimiento de perder tres de sus socios de número y varios correspondientes, nacionales y extranjeros.

Son los primeros los Sres. D. Manuel Codorniu y don Lorenzo Boscasa, que pertenecían á esta corporación como socios procedentes de la antigua Academia médica madrileña, y el académico nato D. Manuel García Baeza; y entre los segundos, se ha recibido comunicación oficial del fallecimiento de D. José María Grande, de Lisboa.

No es esta ocasión de hacer una reseña biográfica de estos apreciables académicos, porque por breve que fuera excedería de los límites á que la secretaría se debe circunscribir. Sin embargo, sea lícito recordar con sentimiento los nombres de estos ilustres amigos, que han ido á aumentar el triste catálogo de los que solo pertenecen ya á la historia de la corporación.

El Sr. D. Manuel Codorniu, tan ilustrado como laborioso, después de una vida consagrada hasta sus últimos momentos al ejercicio de su profesión en los climas más distantes y en las circunstancias más diversas, después de haber aportado á la ciencia su contingente de trabajos y de escritos, ha descendido al sepulcro rodeado de la estimación de cuantos le conocían, del cariño de sus compañeros, y de la consideración merecida por sus virtudes. Había desempeñado cargos importantes, entre otros los de diputado á Cortes, senador del Reino y director general del Cuerpo de Sanidad militar; había honrado á las clases médicas en todas las vicisitudes de su vida, y obtenido por sus merecimientos altas recompensas.

El Sr. D. Lorenzo Boscasa, anciano venerable, práctico honradísimo y sabio modesto, era otro de los individuos más apreciados de esta docta Sociedad: sus trabajos científicos, de un mérito indisputable, en medio de las dificultades circunstancias que han rodeado á las ciencias médicas en España en la primera mitad del presente siglo, manifiestan lo que hubieran podido brillar en otras condiciones más ventajosas, sus dotes intelectuales y su nunca desmentida aplicación al estudio.

Premios análogos recomendaban al Sr. D. Manuel García Baeza, á quien arrebató una muerte prematura, en medio de sus impreciosos esfuerzos, coronados ya en parte de un éxito satisfactorio, para crear una reputación especial en el estudio de las aplicaciones de las ciencias químicas á la medicina.

Los venerandos nombres de estos dignos académicos, en unión con los no menos ilustres de los que los han precedido, permanecen entre nosotros evocando en nuestro ánimo gratos al par que tristes recuerdos, é inspirándonos confianza en el porvenir de la ciencia.

Para llenar los claros que la muerte ha dejado en las filas de este Cuerpo, tiene la Academia la satisfacción de contar con los socios nuevamente admitidos, en virtud de ejercicios públicos, D. Mariano Benavente y D. José Ametller, habiendo además ingresado en la

corporación como académicos natos, los catedráticos don José Seco Baldor, D. Ramon Altes y D. Ramon Sanchez Merino.

La lista de los socios correspondientes extranjeros se ha aumentado en el año último con los doctores Massone, de Génova; Martini y Villanova, de Nápoles; y Vildberger, de Bamberg (Alemania).

Como socio correspondiente español ha sido nombrado el Sr. D. Ramon Hernandez Poggio.

En las últimas sesiones del año que acaba de concluir, se ocupó la Academia de los medios de aumentar la animación y la importancia de sus debates científicos, y al efecto ha acordado celebrar sesiones públicas, en las que se discutirán sucesivamente varios puntos presentados por los socios, y que se irán poniendo á la orden del día en la forma que mejor convenga.

Muchas proposiciones importantes se hallan ya preparadas con este fin, y es de esperar que su esplanación por los académicos que las han presentado y su discusión por los demás, den á las tareas de este Cuerpo científico una animación desusada y muy conveniente para contribuir á los progresos de la medicina.

Vencidas por fin las dificultades que se habían opuesto hasta ahora á que la Academia presentara á concurso la dilucidación de puntos científicos, ofreciendo algún premio á los mejores escritos que la sean dirigidos, si bien girando todavía en un círculo demasiado estrecho, del cual no podrá salir mientras la ilustrada prevision del Gobierno ó la generosidad de los particulares no la concedan los medios necesarios, ha dispuesto sin embargo abrir un certamen, que en el año actual ha de versar sobre las proposiciones siguientes:

1.ª Ventajas é inconvenientes de la vacunación y revacunación.

2.ª Hacer la topografía médica de una capital ó de un distrito sanitario de España.

Las Memorias, que han de estar escritas precisamente en castellano, deberán presentarse antes del 1.º de octubre próximo, para que se puedan entregar los premios en la sesión inaugural de 1860.

Para cada cuestión se destina un premio, que consistirá en una medalla de oro de peso de dos onzas, un diploma especial y el título de socio correspondiente; y además un *accessit*, compuesto también de diploma especial, título de socio correspondiente, y una medalla de plata del mismo peso que la anterior.

En lo sucesivo se propone la Academia reproducir anualmente análogos concursos.

Es de esperar que los buenos deseos de la corporación no sean completamente estériles, y que contribuyan al adelantamiento de las ciencias médicas en la progresión creciente con que de algún tiempo á esta parte se van llevando á cabo en nuestra patria toda especie de reformas útiles.

Esta es la ley de la humanidad, de la que por circunstancias especiales se habían separado algun tanto las ciencias en general, y muy particularmente la medicina en España. A la época actual corresponde resarcir el tiempo perdido, y al porvenir justificarnos á los ojos de la historia.

Para contribuir á este fin, se ha propuesto la Academia no omitir ningún género de esfuerzo.

Acto continuo, el socio de número D. Pedro Mata pronunció el siguiente discurso inaugural:

## HIPOCRATES Y LAS ESCUELAS HIPOCRATICAS.

*Estimés juditia, non numeres.*  
SENECA, Epist. 59.

Hay en las ciencias médico-filosóficas asuntos que no se agotan jamás.

Sea como el pilón de esas fuentes naturales y perennes que brotan al pie de los penascos, de donde mana más agua, cuanto más agua se extrae.

Uno de esos asuntos siempre fértiles, es Hipócrates. Por eso le he escogido para tema de mi discurso, hoy que el reglamento de la Academia, no mi voluntad, me ha conducido á esta tribuna.

¿Y qué podré decirnos ya de Hipócrates, pensará seguramente cada uno de los que me honran con su atención benévola, cuando tantos y tan señalados autores, extranjeros y nacionales, se han ocupado en la persona y escritos de ese famoso Asclepiade de Stankio?

¿Qué novedad podrá tener para nosotros, españoles como somos, cuanto sobre Hipócrates discurras, cuando precisamente los hijos de la Península Ibérica rayamos muy alto en punto á traducción, exposición y comentarios de esos perdurables escritos, que, no solo se han salvado de la tea incendiaria de los Yarron, los Teodosio, los Caracalla, los Omar, u otros funestos sectarios del impostor profeta de la Meca, sino también de las vandálicas invasiones que ha hecho el error, todos los siglos, desde las volubles zonas de las hipótesis, teorías y sistemas, en los modestos y seguros campos de la medicina práctica?

¿Te has olvidado, por ventura, de que los españoles hemos sido siempre hipocráticos; que en el siglo XVI, sobre todo, hemos podido esculpir también, y con mas razón que la escuela de Montpellier, en el frontispicio de nuestras universidades?

¿Olim Cuius nunc hispanensis Hippocrates?

¿Traes acaso la pretension de ostentar tus conocimientos en el idioma de Ciceron, Quintiliano y Celso, para eclipsar como traductor las versiones que del antiguo doctor hicieron en la lengua del Lacio, los Foecio, los Ravenna y los Van der Linden?

¿O aspiras, tal vez, como más hábil conocedor de los ya muertos dialectos griegos, á arrebatarse la gloria toda-



via palpitante de Littré, el más moderno traductor y comentador del hijo de Heráclides y Praxitea, ya para interpretar mejor los pasajes oscuros de sus escritos, ya para llenar los vacíos que torpes copistas pudieron dejar en ellos, ya en fin, para investigar con los reactivos de la crítica, las verdaderas y genuinas producciones de ese inmortal descendiente de Hércules y Esculapio?

No os atormentéis, señores, la imaginación con esas alarmas y sospechas suscitadas por la veneración que os inspira todo cuanto se refiere a ese nombre histórico, que se van legando las generaciones médicas, como paladion de sus principios, como *sancta sanctorum* de sus doctrinas, como *arca salvadora* de sus verdades, flotando siempre incólume en los revueltos hombros de los difusos, donde se anegan los réprobos forjadores de sistemas, con sus desatentadas concepciones.

No vengo a hablar de Hipócrates, bajo ninguno de esos aspectos. Bajo esos puntos de vista, la materia está agotada, agotadísima: el manantial se encuentra seco. Quien se empeña en buscar en él algo nuevo, con humillación de sus altanerías pretensiones, tan solo podrá recoger en las desnudas márgenes de ese árido Cedron, un puñado de arena enjuta, cantos rodados y achatadas peladillas, cuyo flotante musgo peinó un tiempo caudaloso raudal de comentarios y paráfrasis, tan vocingleras como estériles.

No voy a hablar de Hipócrates, ni como traductor, ni como expositor, ni como comentador de sus libros y doctrinas. Siquiera se califique de mas arrogante mi propósito, me presento con la idea de fundir en el inexorable crisol del libre examen, los principios médico-filosóficos de esa reputación secular, llevada a la apoteosis por sus ardientes idolátras, y los que han profesado los hipocrátistas de todos los tiempos y países; con el objeto de saber en definitiva, si ha de salir de esa fusión un riel puro, dúctil y maleable, ó una escoria esponjosa, quebradiza y completamente inútil para la humanidad doliente.

Siéntese ahíto ya, señores, mi entendimiento de tanto oír hablar de Hipócrates, de ese hábil colector de tablas votivas colgadas de los templos de Coos, Cnido y Rhodas, de ese diestro centon de máximas enseñadas en los Asclepiones y Gimnasios; de ese vástago arrancado del árbol filosófico de Jonia y de Crotona, a quien se empeñan exagerados panegiristas en presentarnos, no sólo ya como padre de la medicina, suponiendo que nació entera y acabada en él, como Orion, de la piel del buey inmortal por Enopeo en el banquete que dió a Júpiter, a Neptuno y a Mercurio; sino como padre sin sucesión viable, que al descender al sepulcro abierto a sus restos en la tierra de Tesalia, rota la turquesa en que fue vaciado por el Altísimo, avaro de su genio y sus talentos, se los llevó al Tártaro ó al Olimpo, dejando a todas las generaciones sucesivas, desprovistas del acierto, inaccesibles al progreso y atadas como un Prometeo al cáncro de la esterilidad, roídas por el buitre del espíritu innovador, que las gasta tanto más, cuanto más las picotea.

Cada vez que los vientos del entusiasmo levantan en arrebatado torbellino el antiquísimo polvo de esos manes, arrullados por las Náyades del Salambria, se nos abruma y marea con loas tan hiperbólicas, como aquel trozo de epitafio que los Tesalos, contemporáneos de ese Asclepiade, ahuecaron en su túmulo, y que traducido del griego al latín por Tomás Moro, dice:

*Te, salus, Hippocrates, Cons-géneris, hac jacet urna.*

Si hubiéramos de acceder a las apasionadas pretensiones de ciertos apologistas, tendríamos que venerar los libros de Hipócrates, como veneran los Yndues, los *Vedas*; los Judíos, el *Talmud de Babilonia*; los Cristianos, las *Sagradas Escrituras*; y los Musulmanes, el *Koran*.

Tendríamos que decir de esos libros lo que puso Mahoma en los primeros versículos del capítulo 2.º del suyo, titulado, *La Vaca*: «Hé aquí el libro sobre el cual no cabe duda: él es la dirección de los que temen al Señor: ellos son los solos bienaventurados.»

Tendríamos, en fin, que imitar al califa Omar, cuando preguntado por Amrú, otro de sus generales, qué debía hacer de la biblioteca de Alejandría, pedida por Juan el Gramático, el bárbaro africano le contestó que, si aquellos libros decían lo mismo que el *Koran*, eran inútiles; si lo contrario, perjudiciales, y por lo tanto que los arrojará al fuego.

Si en la república de las letras hubiera también, como allá en la antigua Atenas, la práctica del ostracismo, y se tratara de Hipócrates; creo que tanta exageración me volvería capaz de escribir ese manoseado nombre en la ostra, diciendo al que por ello me redarguyese, lo que aquel rústico, vecino del Pireo, al justo Aristides: «voto el destierro, porque ya estoy cansado de tanto oír hablar del *Grande Hipócrates*.»

Moderad vuestros impetus de disgusto, los que juzguéis irreverentes mis palabras, al mentar de esa manera al fundador de la escuela dogmática. Templad vuestra ardorosa veneración con unas cuantas irrigaciones de tolerancia; no me llameis iconoclasta, si empujo el zócalo donde se levanta la estatua de vuestro ídolo, y no creáis que, a la manera de Paracelso, venga aquí a echar a las brasas de una hornilla los venerandos escritos del Asclepiade de Coos más histórico, como única refutación de su importancia.

Esa especie de cohetes a la *congreve* que lanzo al campo hipocrátista, no constituyen todo mi arsenal, y si me sirvo de este sitio, como de batería, es precisamente porque las buenas reglas de toda estrategia exigen que se hagan los disparos desde donde se pueda abrir más ancha brecha.

La Academia de Castilla aspira a salir de su letargo; cansada de agotar sus fuerzas en sesiones privadas y negocios médico-forenses, quiere que se abra un palen-

que científico, donde crucen cortésmente el cuento de su lanza los mantenedores de las diversas doctrinas que hoy día se disputan la primacía en el campo médico-filosófico; y yo, que a pesar de sentir ya las brisas del Guadarrama de mi vida, todavía conservo algún apego a las justas y torneos de todas clases, que allá en años más floridos formaban las delicias de mis ocios, quiero ser el primer justador que entre cabalgando en ese palenque, y alzada la visera desde luego, os manifiesto quién soy y a lo que vengo, si ya no os lo dice bastante el color de mi penacho, el mote de mi escudo y la intención de mi divisa.

Nos encontramos, señores, en la tercera restauración de la medicina hipocrática. Hoy no son los prófugos de Constantinopla, prohijados en Italia por Leon x, los que exhuman las cenizas del memorable nieto de Nebro. Tampoco son delirios de Paracelso y Vanhelmontio, ni empaños de yatroquímica y yatomatemática, los que suprimen dos mil doscientos años para volvernos a la olimpiada octogésima tercera.

Hoy torna el hipocratismos en alas de una reacción política, empeñada en desenterrar todos los fósiles y en galvanizar todas las momias que sepultó en el panteón de los tiempos el siglo xviii.

El gran péndulo del movimiento intelectual ha oscilado, desde principios de la edad moderna, hacia la observación de los hechos y fenómenos; en el pasado siglo tal vez llegó a su máximum, y ahora viene oscilando hacia el extremo opuesto.

Esas oscilaciones incesantes son las manifestaciones estereotipadas de una gran ley, contemporánea de la creación del hombre. La historia las tiene señaladas en sus páginas, como señala el nivel de sus inundaciones el Nilo; en los erguidos obeliscos que se lanzan a la región del águila, desde las llanuras de Memphis y del Delta al jandrino.

Pero esa ley de gravedad intelectual que impulsa alternativamente aquel gran péndulo del uno al otro extremo, de la análisis a la síntesis, de lo particular a lo general, de lo objetivo a lo abstracto, de la materia al espíritu, no le hace trazar líneas bilaterales sobre el mismo plano, como las de esas máquinas estacionarias que nos construimos, para contarnos las breves horas de nuestra permanencia acá en la tierra. Se las hace describir diagonales del uno al otro extremo, y siempre avanzando sobre planos diferentes, como las zancas que conducen las baterías al pie de las murallas sitiadas; porque la vida de la humanidad, como la del individuo, no es, ni puede ser estacionaria; es un ser colectivo, de continuo desarrollo, y este es incompatible con oscilaciones perpendiculares al mismo centro de suspensión.

La reacción que hoy se levanta y que tanto forcejea para apoderarse del mundo civilizado, no solo pretende que el entendimiento humano oscile sobre el mismo plano, como el péndulo de nuestros relojes; sino que se esfuerza en que lo haga en diagonales retrógradas: de aquí, el agitar todos los osarios, no tanto para compensar desigualdades, como para fomentarlas, en puro beneficio del extremo que más conviene a sus miras.

Esa reacción funesta se ha dejado sentir, primero en el campo de la filosofía, y si hay quien, al abrigo de aquella, sueña en volver a los tiempos en que esa antorcha de la humanidad era la *ancilla teología*, no faltan otros que con más éxito la han convertido en la *sierva de la política*.

Hecha la reacción en el campo filosófico, ha debido haberla por igual en el de las ciencias especiales, cuyas concepciones respectivas son siempre el genuino reflejo de las de aquel: ley fatal para la que no tiene fuero excepcional la medicina.

Era de ver, que resucitado en el mundo filosófico el espiritualismo, que evocadas las sombras de Pitágoras, de Platon y de Descartes, había de resucitar también, en las ciencias médicas, el vitalismo, y evocarse igualmente las sombras de los Stahl, de los Burdeu y los Barthéz, y como quiera que haya habido muchos vitalismos, a cual más estrambóticos y desacreditados, era una necesidad vestir al del siglo xix con alguna túnica sagrada ó venerable. De aquí, la restauración del hipocratismos; la evocación de la doctrina de Hipócrates, la que, gracias a una negación completa de lógica y espíritu analítico, se considera por los médicos hipocrátistas como el polo opuesto al materialismo en filosofía y fisiología.

Si los que tanto y tan hiperbólicamente hablan de Hipócrates, reflexionaran como es debido, acerca de los principios filosóficos y médicos de ese profesor coaco, no pensarían seguramente en desenterrarle de nuevo para trasladarle, desde el panteón donde brilla con su excelencia relativa, a un altar de nuestros tiempos, en el que ha de representar forzosamente el papel más desairado.

Una momia de los tiempos de Sesóstres se conserva perfectamente en los arenales de la Libia: trasladada a los museos de Londres ó París, se torna polvo.

Hipócrates en la olimpiada octogésima tercera es una gran figura; en el siglo xix es una figura vulgar, que hace dudar de su talla, consignada por la historia.

En el modo de considerar a Hipócrates, señores, hay un estravío muy general que debe ser corregido. Tiempo hace que lo tengo estampado en una de mis obras médico-filosóficas, y como veo que muchos no se enmiendan, no estrañéis que me repita.

Hipócrates es considerado por muchos como el inventor; como el padre de la medicina. A los esfuerzos de todo profesor que se empeña en hacer dar un paso a la ciencia por medio de una nueva concepción, fundada en hechos nuevos, siempre se le opone la grande autoridad de ese patriarca del arte. Todos le conceden un excelente espíritu de observación, una perspicacia superior a la de todos los demás médicos, y siempre que, a falta de otras pruebas, ó como complemento de ellas, se necesita dar

paso a la balanza con un nombre histórico, secular, cuya doctrina sea inatacable, como producto de la experiencia, ois pronunciar con acatamiento supersticioso el nunca olvidado nombre del *anciano de Coos*.

Si el famoso discípulo de Herodias y de Gorgias con sus instructivos viajes a la Tebaida, Macedonia, Tracia y Escicia, pudo añadir, en vida, resplandor a la aureola que le daba su carácter de oriundo de Hércules ó Esculapio, descendido al sepulcro, cuando ya no ha quedado en el mundo material mas que sus obras tan celebradas, ese hombre afortunado recibe de cuando en cuando los honores de la más estrepitosa apoteosis; van sus admiradores hasta el extremo de negarle la falibilidad, y antes prefieren calificar de apócrifos los escritos, donde no están en armonía los errores con la gran reputación de su ídolo, que consentir que esa reputación tradicional, que ese astro antiguo, que ese sol griego tenga en su resplandeciente disco mancha alguna.

En cada paroxismo de entusiasmo que tiene la intermitente idolatría hipocrática, Hipócrates es acatado y reconocido como la única lumbrera de la ciencia; como la columna de fuego que guiaba al pueblo predilecto por el desierto hacia la tierra de Canaan; como la refulgente estrella que condujo a los tres Reyes magos, desde el Oriente, a un pesebre de Belen, donde plugo al Padre Eterno que naciera, para salvar al mundo, un vástago de la casa de David.

Siempre que se cansan de teorías y sistemas los espíritus, ó por mejor decir, siempre que las teorías dominantes no alcanzan a comprender todos los hechos en aquel lecho de Procusto, y una especie de escepticismo ó de duda hace volver los ojos tan solo a lo que arroje la práctica, siquiera sea la más empírica, Hipócrates es el dios antiguo a quien erigen un ara de respeto y adoración; las Magdalenas arrepentidas de haberse prostituido en el templo de Epidauro.

Hay razón, señores, para proceder de esa manera? ¿Fue verdaderamente un caos la medicina anterior a Hipócrates? ¿Pudo un hombre por sí solo, sin antecedenentes, sin tradiciones, elevarse a tanta altura y sobre todo, como práctico, como amaestrado por la experiencia propia; él, que en su primer aforismo confiesa, que el arte es largo y la vida breve?

No, señores, todo menos que eso.

Cualquiera que haya estudiado con alguna detención los escritos de ese célebre Asclepiade, y no se haya concretado, durante tal estudio, al autor de esos escritos, no opondrá gran resistencia a la convicción de que Hipócrates debe ser mirado bajo dos aspectos muy diversos. Hipócrates es algo más que un individuo; es una época. Hipócrates no es el inventor ni el padre de la medicina; es la síntesis de las doctrinas de sus tiempos y de los que le precedieron; es el Alberto Haller de la olimpiada octogésima tercera; es, como diría Black, un gran río, cuyas aguas se aumentan con las de otros ríos y riachuelos confluentes que van a desaguar en él; es, en fin, una de esas glorias deslumbrantes que deben sus colosales proporciones al tiempo en que aparecen.

Un individuo, por privilegiada que sea su organización, reducido a su individualidad aislada, nunca es histórico. Su nombre, si es que llega a tenerle, muere con él, y muy a menudo, antes que él; porque en sus páginas de estrecho espacio, la historia no escribe sino los actos de la multitud, ó de los que son sus intérpretes cabales.

Hipócrates no ha llegado hasta nosotros con el vigor perdurable de una tradición científica por su individualidad, por su saber y sus talentos propios. El tiempo tiene de sobra con dos siglos para reducir a polvo todos esos vestigios de un hombre.

Hipócrates se hace contemporáneo de todos los siglos, porque él es más que un siglo; porque en ese nombre se encierra toda una historia: la historia de la medicina oriental; porque, en fin, la oportuna aparición de ese grande hombre, es una huella que ha estampado la humanidad en su progresiva marcha.

Estudiar a Hipócrates como un individuo aislado de sus antecesores y coetáneos, como un sabio que nada debió al trabajo ajeno, que todo lo alcanzó por sí mismo, y con su experiencia propia, podrá ser la exaltación de sus talentos, la hipérbole de su genio, pero jamás la verdad; y si se hace honor al mérito del hombre individual, se rebaja de un modo considerable el envidiable papel de hombre histórico; se exalta a la persona, pero se deprime al representante de una época.

La celebridad de Coos perdería mucho de su brillo, si fuese maravillosa y poética. Borrada de la cronología las escuelas de Cnido y de Crotona, y la escuela de Coos deja de ser un hecho histórico, deja de ser una verdad, pasa a ser un mito.

Ni los hombres nacen adultos, ni las instituciones acabadadas. La edad adulta presupone la juventud; la juventud la infancia. Solo Minerva ha brotado adulta y armada del muslo de Júpiter Olímpico, y aun para eso es menester lanzarnos a los reinos de la fábula.

Los que opinan que Hipócrates lo hizo todo, que encontró una literatura pobre, que se vió en medio de una turba de filósofos ocupados en sutilezas y argucias, y que gracias a su solo genio, no solo concibió un nuevo método filosófico, sino que se constituyó punto de partida de todo hecho médico, debiéndose todo a su observación, profesan la más peregrina de las opiniones, y establecen principios que están en completo desacuerdo con la reflexión y con la historia.

Hipócrates, como me sería fácil demostrarlo con por menores, si la ocasión lo permitiera, y como lo he demostrado en otra de mis obras, no fué mas que la continuación de los filósofos y médicos anteriores y coetáneos suyos.

Baste decir aquí para mi propósito, que floreció en el apogeo de la civilización griega. Los nombres de las celebridades de que fué contemporáneo son una prueba evi-



dente de que vivió en tiempos de grande actividad en todo género. He aquí esos personajes: En filosofía, Sócrates y Platon. En política, Pericles. En historia, Tucídides. En bellas artes, Fidias, Sófoles, Eurípides y Aristófanes. Un siglo floreciente de esa suerte, no se improvisa. La brillantez que irrada es el resultado de la acumulación de luces que habían ido despidiendo los siglos anteriores.

No está solo en eso el grave error en que han incurrido muchos, tanto indóctos como doctos, respecto del modo de considerar a Hipócrates. Se le atribuye una filosofía médica que no tuvo y que ninguno de sus libros justifica, ó por lo menos, se la violentan de tal modo sus partidarios, que vienen á sacar consecuencias diametralmente opuestas al espíritu de esa filosofía.

La historia de esta ciencia no señala á Hipócrates como autor de ninguna concepción original. Desde Thales de Mileto á Platon y Aristóteles, no suena Hipócrates como jefe de ninguna escuela filosófica.

Thales desgaja del árbol teocrático la rama de la filosofía; la planta en el campo de la libertad del pensamiento, y la rama se hace un árbol, á cuya sombra vá á cobijarse la humanidad, como punto más avanzado.

Thales estudia el mundo, el universo; no hay nada más para él que materia; el origen de esta, la causa fundamental de todo, es el agua. Los sentidos son los instrumentos de su lógica; los fenómenos en sí el objeto de su estudio; el método *a posteriori*, el experimental, la consecuencia forzosa de esa filosofía.

Anaximandro sigue el rumbo de Thales, proclamando el infinito.

Anaximeno explica este infinito y le dá un nombre, es el aire.

Heráclito le reemplaza con el fuego.

Demócrito y Leucipo desmenuzan el universo en átomos dotados de tal actividad, que todos los fenómenos de la naturaleza son resultados de la combinación infinitamente variable de esos átomos.

La filosofía de todos esos sabios es natural, física, materialista. La estrecha distancia que los separa del misticismo oriental y la lógica de los sentidos, no puede dar otro resultado.

La ciencia demanda un impulso por la vía de la especulación; el espiritualismo empieza á agitarse en el seno de su óvulo. La escuela de Mileto no puede darle calor. Los Jónios no pueden favorecer su desarrollo.

Establécense Pitágoras en Crotona, y proclama como fuente de verdad, el entendimiento. Los sentidos son súbditos de la razón; esta es primero que ellos. Estudia también el universo; pero con el raciocinio. Busca las relaciones de los fenómenos; su método es el *a priori*. Mira el mundo como una armonía, como un todo, y á fuer de genio eminentemente matemático, proclama los números como causas activas. La unidad es la perfección; la pluralidad, la imperfección.

El espiritualismo se inaugura; su óvulo está fecundado; aparece en el horizonte filosófico como un palido rosicler; no es aun el día; es un crepúsculo matutino que apenas se distingue de la noche.

Xenofanes exalta todavía más que su maestro la unidad. Parménides se olvida completamente de la pluralidad. Zenon la niega.

Esta negación es una brecha por donde se precipita un torrente tumultuoso de sofistas.

Trábase encarnizada lucha entre los Jónios y los Eleáticos procedentes de Crotona. Se desacreditan recíprocamente, porque unos y otros tienen en sus baluartes anchas grietas.

Anaxágoras de Clazomene, filósofo jonio, hace concesiones á la escuela pitagórica.

Empedocles de Agrigento, filósofo eleático, las hace á su vez á la escuela de Mileto, y el eclecticismo con esas dos confluencias, tiene su período de ser y de dominio.

Otra nube de sofistas malogra esos esfuerzos de conciliación, que no alcanzan á realizar el pensamiento progresivo, y de esa nube se desprende una figura colosal, escéptica respecto de lo pasado, creyente respecto del porvenir.

Esa figura es Sócrates.

En álas de la duda aparece el hijo de Sofronisco, y es una especie de dios Jano con dos caras; una especie de Briaréo que abarca con ambas manos los extremos del mundo filosófico.

Sócrates enlaza la edad antigua con la moderna; mejor diré: Sócrates es el fin de las primeras épocas del mundo, y el principio de las segundas. La filosofía, que de teocrática, mística ó mitológica, pasó con la concepción de Thales, á natural ó física, con la duda de Sócrates se transformó de natural en humana. Primero, los dioses ó los símbolos; luego la naturaleza; al fin, el hombre; hé aquí los sucesivos objetos del estudio filosófico, desde el principio de la creación hasta Sócrates.

De la escuela de este sale Platon, y viene á ser su discípulo Aristóteles. Desaparecen estos dos grandes genios y Alejandria hereda la celebridad de la Grecia.

En dónde está, señores, el cuadro de Hipócrates en esa larga galería de jefes y prohombres de las escuelas filosóficas? Tendría que estar colgado entre Sócrates y Platon.

Hipócrates nació 440 años antes de Jesucristo, y murió á 370.

Sócrates á 469, y bebió la cicuta á 399.

Platon á 429, y falleció á 348.

Aristóteles nació en 384: había cumplido 14 años cuando Hipócrates fué á dormir el sueño eterno en las tierras de Larisa. Todavía no era jefe de escuela; todavía no había dicho aquellas famosas palabras: *Amigo de Platon, pero más amigo de la verdad.*

Puesto, pues, que Hipócrates no suena como jefe, ni como prohombre de ninguna escuela filosófica, ni antes ni después de su muerte, veamos cuál fué su filosofía; á cual de las banderas, flotantes á la sazón en Grecia, se alistó.

Os he trazado á grandes rasgos el curso de la filosofía desde Thales á Sócrates, y el giro que iba á tomar ese sol de la inteligencia humana en la escuela de la gran víctima de los Licon, los Melito y los Aristófanes.

Hipócrates alcanzó ese tiempo de progreso filosófico; pudo y debió beber en la fuente socrática el espíritu eminentemente juicioso del que volvió humana la filosofía, reproduciendo el *conócete á ti mismo*, de la escuela de Mileto.

Hipócrates estuvo en Atenas; allí estudió, y nada tiene de violento que, retirado luego á Coos, desenvolvese con la maestría de su talento y de su genio, más propio para la práctica que para la especulación, los principios filosóficos de Sócrates, y bajo su influencia elevase á un grado de fusión más acabado, las doctrinas médicas de las escuelas rivales, de lo que pudieron conseguirlo anteriormente los filósofos de Clazomene y Agrigento.

Sócrates, ese personaje tan histórico, esa representación de una idea, la más elevada de cuantas habían sido analizadas, ese resumen de todos los siglos pasados, esa expresión genuina de los adelantos que la inteligencia griega había hecho, nos explica perfectamente la venida y la reputación del gran médico de Coos.

Hipócrates viene á ser el Sócrates de la ciencia de curar. Empapado del espíritu socrático, tiende á establecer en el arte un método filosófico análogo.

Como Sócrates, las teorías encontradas de los filósofos inmediatos á él, Hipócrates tuvo lugar de apreciar las de los médicos que le habían precedido.

Sócrates se hizo grande en filosofía, buscando la verdad con la duda en todas partes. Hipócrates se hizo notable en medicina, buscando la verdad en todos los sistemas, si no con la duda, con la desconfianza de las hipótesis y los principios exclusivos.

Sócrates enseñó á los filósofos la reflexión aplicada á todos los efectos. Hipócrates recomendó á los médicos la observación, dirigida por el raciocinio sobre todos los hechos fisiológicos y patológicos.

Sócrates con la reflexión no iba á parar ni á este ni á aquel sistema; la desenvolvía libremente sobre todos los resultados sistemáticos para averiguar sus quilates de verdad. Hipócrates con su observación, no quería fijarse en esta ni aquella hipótesis, y las hermanaba todas en lo que le parecían estar de acuerdo con la experiencia.

La filosofía de Hipócrates aplicada á la medicina, no es original: es eminentemente socrática por lo menos, en la intención: en cuanto á la aplicación práctica es algo más que socrático puro. El materialismo de Jonia y el espiritualismo de Elea ó de Crotona, se transparentan en toda su doctrina.

El método de Thales y el de Pitágoras hallaron en Hipócrates un amigo indiferente.

Cuanto hablan del espíritu filosófico de Hipócrates nos dicen que fué el experimental, ilustrado por el raciocinio.

Litré reconoce que el método de Hipócrates se parece al moderno, por lo que tiene de experimental; añade que quiso que se observase la naturaleza, y que se sirvió de la inducción para ensanchar el campo de sus observaciones y encontrar un medio de unión entre los hechos particulares. Ese medio de unión, ese vínculo fué el estudio de los *signos comunes*, suficientes para el médico griego, al paso que los experimentalistas modernos buscan ese vínculo en el vasto dominio de los hechos particulares.

Un profesor español, cuyos talentos y saber reconozco como el primero, en un erudito discurso dice que la marcha de Hipócrates en la exposición de su doctrina, fué:

- 1.º Recoger hechos particulares.
- 2.º Compararlos entre sí mismos, sirviéndole de elementos para sacar inducciones generales.
- 3.º Establecer después de estas inducciones, indicaciones curativas, fundadas sobre la experiencia y el raciocinio reunidos.

No hago más citas, porque tendría que hacerlas á centenares, y porque lo que digo de las dos que anteceden será aplicable á todas las del mismo género y sentido.

Por lo que atañe á Litré, se hace desde luego notable la poca importancia que dá á la diferencia entre el método experimental de Hipócrates y el moderno; cuando precisamente hay una distancia de dos mil años entre los dos, como no se quiera confundir métodos y escuelas ó cometer enormes anacronismos.

Es innegable que Hipócrates era experimentalista, en ello fué Jónio; Thales palpita en ese espíritu filosófico; el método *a posteriori* parece que debía ser el suyo. Más notad en qué se fija su observación, en los *signos comunes*, en los conjuntos, en las relaciones, en lo general. Ahí está Pitágoras, ahí está Platon, ahí está la síntesis que caracteriza esos tiempos.

Hipócrates en la marcha, siquiera sea la de la observación, no es analítico, es sintético. Las generalidades absorben toda su atención, y no lo estrañéis, señores; hasta el mismo Aristóteles, que reprodujo la concepción de Thales con progreso, que se apartó de Platon, por aquello de que *nada hay en el entendimiento que no entre por los sentidos*, se detuvo en este gran paso, dado en la senda experimentalista, y siguió siendo sintético, como su maestro, empezando también el estudio de la verdad por las generalidades, como siguieron siéndolo todas las escuelas filosóficas posteriores, hasta más allá de la edad media, hasta la aparición del célebre Baron de Veruliano, esa tercera edición de la filosofía de Mileto, corregida y aumentada. Solo desde la proclamación de la doctrina baconiana, el método experimental ha empezado el estudio de la verdad por los particulares para elevarse desde ellos á la generalidad, para completar la análisis con la síntesis,

ó lo que es lo mismo, para fundar los principios sobre los hechos.

Lo que acabo de indicar, respecto de Litré, me conduce naturalmente á la crítica de la segunda cita que he hecho, como me conduciría á la de todas las demás que consignen una opinión análoga.

Siquiera fuese Hipócrates observador y experimentalista, siquiera, como Jónio, debiera seguir el método *a posteriori*; se quedó como Aristóteles en su primer paso, no abandonó la síntesis pitagórica y platónica, no estudió particulares, sino *signos comunes*, *generalidades*; no se elevó, por lo tanto, de los particulares á lo general, como lo hacemos los modernos, que seguimos la concepción baconiana.

Los que presentan á Hipócrates como un observador de particulares para compararlos entre sí y hacer inducciones generales, le atribuyen un espíritu que ni él formuló con preceptos claros y terminantes, ni le practicó tampoco. Ese espíritu, ese método ha necesitado cerca de dos mil años para ser tal como ellos le suponen.

Thales, Aristóteles y Bacon son los tres grandes hitos de la vía por donde ha pasado el método *a posteriori* ó de la observación; pero no son iguales en todo: hay una diferencia análoga á la que ofrece la larva, la crisálida y la mariposa, ó la que hay entre el feto, el joven y el adulto; distinción importantísima y necesaria para que al hablar de la observación de Hipócrates, del método experimental que pudo emplearse en la olimpiada octogésima tercera, no creamos erradamente que es la observación, el método experimental de nuestros días.

Pero supongamos que así no fuese; concedamos por un momento que el método de Hipócrates hubiese sido igual al de Bacon, como lo pretenden cuantos encarecen el espíritu filosófico de aquel médico; siempre se inferirá:

Primero, que eso no es medicina; que eso es filosofía, y que esa filosofía no es hipocrática, porque no es original de esa celebridad; está tomada de las escuelas filosóficas de la Grecia; es filosofía socrática, entremezclada de jónio y de crotoniaco y pitagórico.

Segundo, que ese método experimentalista, en especial el *a posteriori* riguroso, el de la observación de particulares para fundar en ellos generalidades; es el método característico de las escuelas sensualistas, materialistas, opuestas al de la primacía de la razón ó del espíritu, para el estudio de las cosas de este mundo.

Fijad bien y profundamente vuestra atención, señores, en esas dos consecuencias lógicamente deducidas de cuanto llevo espuesto; porque ellas os dejarán la convicción de que lo que más se celebra y recomienda de Hipócrates, no es *medicina*, no es nada propio de la ciencia de curar, sino *filosofía*; y una filosofía que no se debe á ese hombre, y al mismo tiempo os demostrarán cuán equivocados andan los que buscan en Hipócrates un apoyo para sus vitalismos, hipotéticos y sus doctrinas neo-espiritualistas.

Vista la filosofía de Hipócrates, probado que no es original, que su espíritu es socrático, que su índole es jonia, que su método es más bien sintético, que no es experimentalista á la manera de Bacon, sino á la de Aristóteles, veamos ya á Hipócrates como médico, como prohombre de la ciencia de curar, para saber si está justificada esa apoteosis que se ha hecho de ese Asclepiade, si realmente es su doctrina, como se pretende, el *non plus ultra* del acierto y del progreso en las ciencias fisiológicas, y si la tercera restauración de esa doctrina en que se empeñan algunos, es un verdadero adelanto ó un retroceso lamentable.

Bajo el punto de vista médico, Hipócrates es considerado por cuantos hablan de él, como un profesor eminentemente práctico, enemigo acérrimo de hipótesis, teorías y sistemas, exclusivamente dado á la observación de los hechos; no aceptando más que la verdad que esa práctica le ofrecía, en vista de lo cual, su doctrina es reputada como la más sana y preferente, siquiera tenga ya de fecha más de dos mil doscientos años.

Semejante modo de ver es tan crasamente erróneo como los demás que ya llevo demostrados.

Paso por el espurgo que se ha hecho de las obras comprendidas en lo que se llama *colección hipocrática*, porque yo no doy la menor importancia á ese obstinado empeño que muchos tienen en clasificar los escritos de esa colección en unos, anteriores á Hipócrates; otros, propios de este autor; otros, de Polibio; otros, dudosos, etc. El afán de ese espurgo reconoce por causa el deseo de que el ídolo sea lo más perfecto posible; el criterio que guía á los espurgadores, nos obligaría á tener también por apócrifos, escritos de Galeno, de Baglivio, de Piquer, de Hahnemann, de Broussais y de otros muchos, en los cuales, por lo menos, se encuentra contradicción, y los razonamientos más ó menos ingeniosos de que se valen para determinar lo que no pudo hacer Galeno y otros autores más cercanos á los tiempos en que los Ptolomeos recogían las obras griegas, no se diferencian de los que usan los anticuarios que se desviven por saber, si un pedazo de metal, roído por la humedad del suelo y desenterrado por una escavación, es un cacho de moneda, un fragmento de medalla ó un trozo de vasija.

Tomad cualquiera de las obras consideradas por todos como genuinas de Hipócrates; ninguna de ellas os presentará á este autor, exclusivamente práctico, porque eso es un imposible, es un absurdo.

No hay ciencia sin teoría. La práctica más empírica tiene su razón de ser, y esta razón es tanto más hipotética, cuanto más empírica es la práctica.

Dotado el hombre de facultades perceptivas y reflectivas, ó lo que es lo mismo, de facultades para apreciar los fenómenos y su relación, es de todo punto imposible que no aprecie semejanzas, diferencias y dependencias de causa á efecto. Desde que ejerce sus facultades reflexivas, ya se sale del terreno de la práctica, ya está en el de la teoría.

Aun cuando no hubiera visto ninguna obra de Hipócrates,



tes, afirmaría, sin temor de equivocarme, que esa ley se cumple en los escritos de ese médico.

Hipócrates fué *hipotético*, fué *teórico* y fué *sistemático*. Hay mas: las hipótesis de Hipócrates no son hijas de la experiencia, son falsas; sus teorías son erróneas, su sistema en nuestros días, es ridículo.

Hipócrates fué *hipotético*, amigo y forjador de hipótesis; si no las tomó de otros, por qué admitió las cualidades amarga, dulce, salada, ágrica, acerba, insípida y demás: de su mezcla, de su equilibrio, de su crisis hacía depender la salud; del predominio o aislamiento de alguna de ellas, la enfermedad.

Hipócrates supuso que había en el cuerpo humano el calido innato, bajo cuyo influjo se verificaba la coacción de los humores.

Hipócrates supuso que las enfermedades tenían un curso necesario, que había días críticos, en los cuales se determinaba el bien y el mal, y señaló esos días de un modo enteramente pitagórico; esto es, por razón del número, del signo aritmético, que á esos días particulares correspondía, en lo cual se transparenta la causalidad, la fuerza activa que dió Pitágoras á los números.

Hipócrates supuso una creación ontológica, un ser llamado *naturaleza* como una fuerza curativa, medicatriz, y una lucha entre esta entidad ficticia y otra entidad análoga, llamada enfermedad, lucha que se terminaba por las crisis.

Tantas fueron las cosas quiméricas que Hipócrates supuso, que tendría aun para largo rato, si me empeñara en determinarlas todas. Bastan las indicadas para mi objeto.

Ninguna de esas suposiciones puede ser producto de la experiencia, conquista de la observación; porque estas conducen á la negación rotunda de esas hipótesis. Ninguna de ellas es la verdad, como pretendía el Coaco, y nada prueba tanto que esas hipótesis eran falsas, como que ni los mismos hipocráticos más fanáticos se atrevían á sostenerlas en nuestros días.

Nadie habla de las cualidades con relación á los cuatro humores y á los cuatro elementos: nadie del calido innato, ni de la coacción; y si hay quien se empeña en ser pitagórico todavía, en lo que atañe á las crisis, y en ser poeta ó metafórico en lo concerniente á la fuerza medicatriz y sus luchas con la enfermedad, es porque la raza de los poetas no solo invade las faldas del Parnaso, la fuente de Helicon y el coro de las Castalias, sino también las columnas del Partenón, el Pórtico, los jardines de Academo y el templo de Epidauro.

Hipócrates fué *teórico*, porque no se limitó á observar, esplicó, y no solo esplicó la relación de los hechos, sino sus causas. Todas sus hipótesis son otras tantas explicaciones, puesto que son razonamientos, fundados en los principios de su doctrina. Investigó las causas de los fenómenos fisiológicos y patológicos, las señaló, las espresó, ¿y qué es investigar, señalar, apreciar causas sino explicarlas? ¿Y qué es toda explicación sino una teoría?

No solo fué Hipócrates *teórico explicando*; lo fué también *creyendo*. Os he dicho y demostrado que esa celebridad no inventó la medicina, que no lo debió todo á su propia observación, á su experiencia personal. Su patrimonio científico fué en su mayor parte heredad de sus mayores. Pues, en todo lo que adquirió de estos, fué teórico.

El sabio que se precia de mero observador, no solo no puede permitirse explicación alguna, sino que no le es dado aceptar, ni hechos ni doctrinas de otros. Desde el momento que las acepta, las tiene *a priori*, deja, respecto de ellas, de ser práctico.

Hipócrates, por último, fué *sistemático*: sus libros tienen sistema. Littré dice que la doctrina hipocrática ofrece una unidad de concepción que otras escuelas no han tenido. El espurgo de la colección hipocrática se ha fundado en la discordancia de doctrinas, en la contradicción de principios de muchos libros atribuidos á Hipócrates, y solo se le han dejado como suyos aquellos que entran en el trazado del sistema.

Examinad una por una todas las obras genuinas de ese escritor antiquísimo; hasta los aforismos, que es el libro más falto de método, de orden y de relación, y vereis que de todos ellos resulta una doctrina, un sistema, una escuela; el calido innato, la crisis, la intemperie, la coacción, las crisis, los humores, el principio terapéutico de los contrarios, la ocasión de obrar, la naturaleza medicatriz, etc., se revelan en todas partes, y ellos son los que dan conjunto y unidad sistemática hasta á las desconcertadas y dispersas proposiciones, que se llaman aforismos, una de las producciones por la cual es más conocido Hipócrates.

No apoya mis asertos con citas, porque no hablo de un autor desconocido. Las obras de Hipócrates están en manos de todos: hojeadlas, y á cada paso hallareis la confirmación de esos asertos.

Añadid á cuanto llevo espuesto, que la escuela hipocrática se dividió en Alejandría en cuatro. La que la continuó, se apellidó *dogmática*, las otras tres se llamaron *empírica*, *metódica* y *eclectica*. Si la doctrina hipocrática no hubiese sido hipotética, teórica y sistemática, no hubiese llevado en Alejandría aquel nombre; no hubiese sido la escuela dogmática el mayorazgo; lo hubiera sido la empírica. Esta es la escuela que debían ensalzar y recomendar los adversarios de la teoría. No es á Hipócrates á quien debieran venerar como hombre dado á la observación y á la práctica, sino á Filino de Coos, á Serapion de Alejandría y á Heráclito de Tarento.

Quede, pues, consignado y para siempre, que habiendo sido ese patriarca del arte *hipotético*, *teórico* y *sistemático* no le conoce bien, ó le desfigura todo aquel que le presenta como prototipo de los médicos exclusivamente prácticos y enemigos de las hipótesis, teorías y sistemas.

No siendo Hipócrates, como filósofo, original ó jefe de escuela, siendo su filosofía socrática, entreverada de jonio

y eleático; no siendo, por otra parte, como médico, tampoco original en todo; ni práctico esclusivo; y siendo, por último, sus hipótesis falsas, sus teorías erróneas y su sistema defectuoso, ¿á qué ese eterno hablar de Hipócrates? ¿á qué esa idolatría tan ridícula, de la cual no hay ejemplo en las demás ciencias? ¿á qué ese empeño obstinado en que seamos hipocráticos, si queremos marchar por la senda del acierto? ¿á qué recomendarnos la lectura y estudio de las obras hipocráticas, como lo más acabado que ha podido salir de la inteligencia humana? ¿á qué esa exageración de algunos, cuando estampan que para ser algo en medicina, para representar en ella un papel honroso, para merecer el verdadero dictado de médico práctico, hay indispensable necesidad de consultar de día y noche las obras de Hipócrates, considerándolas como un destello de la divinidad? ¿á qué, en fin, esas hipérboles, como las de nuestro Morejon, para quien es conocida señal de *reprobo* en medicina, no estudiar incesantemente los escritos hipocráticos?

Yo pregunto, señores, francamente, ¿qué es lo que pueden enseñarnos esas obras?

En *filosofía* no hay en ellas nada bueno que aprender. El método moderno de investigar la verdad es infinitamente mejor y preferible.

¿Qué nos pueden enseñar en *ciencias auxiliares*, en historia natural, en física y en química?

¿Qué nos pueden enseñar en *anatomía*? La colección hipocrática está pobre en este ramo de conocimientos médicos. Allí no hay ni anatomía química ó *stechiología*, ni anatomía microscópica, ni anatomía cadavérica, ni patológica, ni topográfica, ni general, ni descriptiva siquiera. El escalpelo hipocrático no podía tocar á los cadáveres. La metempsicosis, importada de Egipto, lo hubiera tenido por un crimen.

¿Qué distancia tan enorme de la anatomía de Hipócrates á la descriptiva y patológica de Cruveilhier, á la general de Bichat, á la topográfica de Begin, á la cadavérica de Orfila, á la microscópica de Mandl, á la química de Robin y de Verdel?

¿Qué nos pueden enseñar las obras de Hipócrates en *fisiología*? ¿Qué puede aprenderse en esos libros sobre cualquiera función del cuerpo humano? Ni aun en sus relaciones con cuanto le rodea, es posible adquirir nada de provecho, puesto que, semejante estudio rueda allí constantemente sobre los cuatro humores, que tanto juegan en la doctrina hipocrática.

Faltos por un lado de conocimientos exactos sobre la organización humana y el mecanismo funcional; faltos, por otro, de estudios vastos y profundos sobre los agentes meteorológicos y los cuerpos que más en contacto están con el hombre habitualmente, ¿qué puede aprenderse en esos libros, en punto á las leyes de la vida y á las relaciones del hombre con los agentes de la naturaleza?

Y si nos remontamos á la vida misma y los misterios de sus causas, ¿qué hay en Hipócrates capaz de resolver ningún problema?

¿De qué sirve considerar la vida como una cosa positiva, y al ser viviente como una sustancia, si al buscar sus relaciones de acción y reacción en los diversos objetos de la naturaleza, se empieza por una creación ontológica, dotándola de una fuerza medicatriz y acción beligerante, para luchar con otra creación de idéntico género, llamada enfermedad, cuya derrota se espresa con un símil culinario, con una operación propia de una cazuela ó una marmita, por la coacción, en fin, de los humores?

El vitalismo de Hipócrates, si es que realmente le haya en su doctrina humoral, más metafórico que científico, indeterminado y vago, pitagórico en la concepción y jonio en la práctica, interpretado de mil modos por las innumerables sectas vitalistas que se han ido sucediendo, no enseña ni puede enseñar nada en fisiología. Cualquiera que desee conocer lo asequible de esta ciencia, tener nociones útiles para la práctica, en cuanto al mecanismo funcional del cuerpo humano, no es en las obras de Hipócrates donde deberá rastrear tan abundantes como puros y provechosos; tendrá que buscarlos en las obras de los Muller, de los Burdach, de los Berard y otros fisiólogos modernos.

¿Qué nos puede enseñar Hipócrates en *higiene pública* y *privada*, á pesar de la nombradía que le ha dado su libro de los *aíres, aguas y lugares*, y de la gran copia de nociones que pudo recoger de lo observado en los templos y gimnasios?

La higiene pública y privada, para llegar á la brillante altura en que hoy se encuentra, ha necesitado de los progresos asombrosos que la moderna filosofía experimental ha hecho en las ciencias naturales, físicas y químicas, y en las mismas fisiológicas. Por grande que sea el mérito relativo del libro de los *aíres, aguas y lugares* y otros escritos higiénicos de Hipócrates, no pasan de ser trabajos rudimentarios, auroras de la ciencia, enturbiadas por las falsas teorías de los tiempos, ó infinitamente inferiores, en todos los conceptos, á las obras de los Hallé, de la Tourtelle, de los Londe, Chevalier, Michel Lévi y otros higienistas de nuestra época.

¿Qué nos pueden enseñar las obras de Hipócrates en *patología*, cuando ninguno de sus ramos nos puede conducir al conocimiento de la causa de los males, ni á formar sus diagnósticos particulares, ni al pronóstico especial de cada uno?

La *etiología* hipocrática está reducida á la falsa teoría de los cuatro elementos y á la doctrina del equilibrio y desequilibrio de los humores. Todas las causas de las enfermedades quedan siempre por este círculo sistemático, ya por nadie sostenido.

La *sintomatología* lleva, en verdad, alguna ventaja á la de Cnido. Ya no se miran los síntomas como otras tantas enfermedades; ya se proclama el estudio del conjunto; ya se agrupan; ya se ven como fenómenos dependientes de una causa común; ya se consideran enlazados con la unidad de la existencia perturbada en sus funciones.

Sin embargo, siquiera Hipócrates, mas pitagórico y eleático que jonio en el estudio de los síntomas, más atento á la unidad que á la pluralidad, fije su mirada observadora en los conjuntos de síntomas para descubrir enfermedades, no es para formar diagnósticos especiales, para espresar todos sintomáticos de males determinados.

Dadas muchas enfermedades agudas y febriles, determinar lo que presentan en el estado general del enfermo; hé aquí el problema que la medicina hipocrática resuelve. Los síntomas no son estudiados como espresión, como gritos de dolor ó de mal estar de estos ni aquellos órganos, sino como quejas de la economía entera.

Las necesidades de la sintomatología de nuestros días recusan igualmente la práctica *cnidiana* que la *práctica coaca*. Aquella era viciosa por su análisis estrechado; esta por su síntesis confusa. Ni los síntomas son fenómenos aislados, ni los conjuntos son generales. Nosotros buscamos grupos de síntomas pertenecientes á estados morbosos determinados, particulares.

Sin desentendernos de lo que tengan de común estos estados, lo cual formaba el único objeto de atención en la sintomatología coaca, nos fijamos en los conjuntos que los singularizan, y así damos á la análisis y á la síntesis, los justos límites que no supieron darles ni los Asclepiades de Cnido, ni los maestros de Coos.

La *semeiología* de Hipócrates adolece del mismo vicio que su sintomatología, con la cual tiene muy estrechas relaciones. No hay en ella estudios minuciosos, parciales, analíticos; todo es síntesis, todo es generalidad.

Si habla de enfermedades agudas y febriles, de afecciones de pecho, por ejemplo, no es para espresar signos particulares de esas enfermedades; no es para presentar cuadros sintomáticos, peculiares de cada una, como lo hacemos nosotros.

Hipócrates no se fija más que en lo común de las dolencias, en las modificaciones principales que ocasionan todas en la economía entera.

La alteración del rostro, los sudores, el estado de los hipocóndrios, las hidropesías que proceden de enfermedades agudas, el sueño, las deposiciones, las orinas, los vómitos, las cámaras, la expectoración, etc.: hé aquí los puntos cardinales de las consideraciones de Hipócrates, y todos ellos no son respecto á esta ni aquella enfermedad sino con respecto á todas.

Hipócrates no hace diagnósticos especiales, no describe fenómenos morbosos particulares, propios de afecciones determinadas; hace un diagnóstico general, traza fenómenos de conjunto.

Otro tanto se advierte en lo concerniente al pronóstico. El pasado, el presente y el porvenir, son la base triangular de la prognosis coaca. El juicio rueda siempre sobre unos cuantos fenómenos de gran significación, nunca aplicada á esta ni aquella enfermedad, sino á todas las enfermedades, á la enfermedad abstracta ó general.

El cuadro del moribundo que tan pintorescamente dejó trazado; la cara que se ha llamado hipocrática, no es peculiar de enfermedad alguna; no señala ninguno de los numerosos caminos por donde se va al sepulcro; es la boca de la tumba.

La enfermedad es grave, la enfermedad es leve, el signo es bueno, el signo es malo; hé aquí las fórmulas generales de sus pronósticos, y siempre á tenor de los humores, ó de cualquier otro signo en que los funda.

Aun suponiendo acertados todos sus pronósticos, aun admitiendo que esas ojeadas sintéticas tengan alguna utilidad; en primer lugar no hay motivo para mover tanta algarazca, ni estasiarse de admiración ante ese rival de las Pitonisas; porque la prognosis coaca era la continuación de los oráculos, en cuanto al interés y abismo en sobrepasar en ella, y en cuanto al acierto, un legado de los templos, asclepiones y gimnasios; en segundo lugar, sobre no haber desdenado los modernos todo lo que han encontrado en Hipócrates, relativo á pronósticos, conforme con la experiencia, han aumentado con esta el caudal de los vaticinios, no solo respecto de lo común á todas las enfermedades, sino respecto á lo que es peculiar de cada una.

¿Qué podemos aprender en punto á *terapia* en los escritos hipocráticos? Gracias á las prácticas de los templos, asclepiones y gimnasios, hay alguna abundancia en medios higiénicos; gracias á los ejercicios de los atletas y á las guerras, hay algunos recursos quirúrgicos; mas en cuanto á remedios farmacéuticos, se nota una pobreza desoladora. La farmacopea hipocrática se reduce á la sangría, á los laxantes, á algunos purgantes, ungüentos y aceites; todo lo cual acaba de poner más en relieve, que en lo que Hipócrates no encontró abundancia, no la pudo poner de su cosecha.

No os quiero hablar del principio que dominaba las indicaciones, porque tan pronto es el *contraria contrariis*, tan pronto el *similia*, tan pronto el indiferente; pero no concluiré este punto sin decir que la filosofía terapéutica de Hipócrates no es un faro que brille en el mar de las indicaciones para evitar los escollos y naufragios.

¿Qué nos puede enseñar Hipócrates en lo que atañe á la *nosografía*? En él no hay clasificación de enfermedades; porque no podía haberla. Una clasificación supone análisis, é Hipócrates era sintético. Tanto la salud como la enfermedad se consideraba á fuer de un todo; la idea de la unidad, del *consensus unus*, brotaba de todas las teorías; el conjunto era el blanco de todas las ojeadas.

Verdad es que las enfermedades tenían nombres; habían empezado á tenerlos los síntomas; mas esos nombres no representaban mas que grupos de fenómenos; por no decir alguno culminante; era una nomenclatura empírica con rasgos de pintoresca; sin sistema, ni razón filosófica ninguna. Bajo este punto de vista mejor es ignorar que saber cómo habló Hipócrates.

¿Qué hay que aprender en sus mismos libros de las *epidemias*, tan renombrados; y en donde se nos presenta como más observador? En todos ellos están palpitando sus hipótesis falsas, sus teorías erróneas, su sistema defectuoso.



Hay el primer esbozo clínico; allí aparecen por primera vez, por lo menos en la forma, las historias particulares de algunos enfermos; mas, sobre que al fin y al cabo, no se diferencian de las tablas votivas, son un desarrollo mayor de estas, esas historias clínicas dejan mucho que desear, no pueden presentarse como modelos de su clase. Los modernos han dejado bajo este aspecto muy atrás al grande Hipócrates: no hay estudiante medianamente instruido, que no haga hoy día mejores historias clínicas.

Una cosa importante podéis aprender en esos libros de epidemias. A pesar de ser considerado Hipócrates como un grande observador, como el observador por excelencia, no supo ver en esos azotes de las poblaciones y comarcas, lo que hoy día pretende ver hasta el médico más topo, hasta el profano del arte. Aludo al contagio. Hipócrates no vió una cosa para los contagistas tan clara.

Los partidarios de esa funesta invención de Fracastoro no buscan la sanción histórica, el prestigio de la autoridad antigua en los escritos de un médico de tanto respeto y significación para ellos: se van á revolver las páginas de un profano; acuden á un historiador, á Tucídides, y aun para eso tienen que darle sabor fracastoriano por medio de los traductores del siglo xv.

Allí teneis, señores, la autopsia del grande ídolo. La notoriedad de sus obras me dispensa tambien de citar pasajes en comprobación de mis asertos.

Ahora bien, señores, si en los libros hipocráticos, además de los defectos filosóficos y médicos de que adolecen, y sobre los cuales no necesito ya insistir, no hemos de aprender nada, ni en filosofía, ni en ciencias auxiliares, ni en anatomía de ninguna especie, ni en fisiología, ni en higiene, ni en patología, ni en terapéutica, ni en nosografía, ni en epidemiología, ni en clínica, ¿á qué ese impertinente y obstinado afán, no solo de que leamos de día y de noche esas obras, sino de que volvamos á ser hipocráticos, á enarbolar el estandarte, tantas veces tremolado y otras tantas destruido, del hipocratismo en el baluarte de la ciencia?

Admírese cuanto quiera á Hipócrates, respecto de lo que fué ese médico en sus tiempos; vayan, si quieren, sus fervorosos sectarios en peregrinación á la tierra de Larisa, allá en Tesalia, como van los árabes á la Meca; mas que no pretendan hacer de ese hombre otro Siddhartha, otro Buda para hacernos profesar un budismo médico, tan fanático como el de las sectas chinas, y guarden en la lontananza histórica á su ídolo, como en las sombras del misterio los budistas del Thibet á su gran Lama, si no quieren que, visto el Buda coaco de más cerca, desnudo de aparatos de diorama y bañado de la luz de nuestro sol, la multitud advierta que es un prójimo de carne y hueso como cualquiera hijo de Adán, con todos los defectos é imperfecciones que llovieron sobre la miserable progenie humana, desde que nuestros primeros padres se dejaron seducir por la serpiente.

La juventud médica estudiosa reportará más beneficios, consultando de día y de noche las obras clásicas de los modernos que, sacudiendo el polvo á los pergaminos de la colección hipocrática, incluidas las exposiciones y comentarios de sus más eruditos exhumadores. No solo se puede ser buen médico y gran médico teórico práctico sin haber ojeado jamás ni uno de esos cacareados libros, sino ni aun sabiendo que haya existido nunca ese Asclepiade de Coos.

No demos á los extraños tan pobre idea de nuestra ciencia, suponiendo que solo ha existido un hombre en ella, y que todo lo que en ella puede hacerse, ya se hizo cuatrocientos años antes de la venida del Mesías.

Téngase entendido, pero muy claramente entendido, que si un cataclismo universal, si un diluvio, como el de los tiempos de Noé, volviera á destruir todo cuanto se ha escrito é impreso, desde las Olimpiadas, y no le quedase en el arca salvadora á la nueva generación mas que los libros de Hipócrates, la ciencia se quedaría en su primera dentición, en un estado del más deplorable atraso.

Hasta aquí, señores, os he hablado de Hipócrates. Voy á concluir, diciendo ahora cuatro palabras sobre las escuelas hipocráticas, sobre los hipocratistas, diré mejor, de todos los tiempos y naciones.

Seré breve: 1.º porque ya debéis estar fatigados por la estension de mi discurso; 2.º porque juzgado el ídolo, no ha de ser prolijo empeño juzgar á los idólatras.

Dejándonos llevar por un momento del modo común de ver el asunto que nos ocupa, Hipócrates, al morir, dejó legada su doctrina á una escuela que, teniendo por alma el espíritu de aquel gran médico, no ha perecido nunca, ni jamás perecerá. Así como Jesucristo dijo á San Pedro: «tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y contra ella no han de prevalecer las puertas del infierno», parece que Hipócrates dijo á sus hijos Tésalo y Dracon, y á su yerno Polibio: «vosotros sois lo que sois, y sobre vosotros edificaré mi escuela, y contra ella no han de prevalecer las doctrinas venideras.»

Si hemos de creer á los entusiastas partidarios del Asclepiade, la profecía se ha cumplido.

Esa escuela salió de Coos, de allí pasó á Alejandría, de esta ciudad se estendió á Roma, donde la sostuvo Galeno; continuáronla los compiladores del bajo imperio, los árabes, las universidades de la edad media, más aún después de la toma de Constantinopla, á cuyos impulsos se restableció en todo el vigor coaco; Sydenham, el Hipócrates inglés, la sostuvo por segunda vez en el siglo xviii. Montpellier le dió carta de naturaleza, y hoy torna á levantarse como la preferente á todas las demás escuelas que hormigean en el período anárquico, como llama Renard al estado actual de nuestra ciencia.

Esa escuela es el tronco del arte; es el mayorazgo de la familia médica, vive en todos los siglos, en todas las edades, en todos los países y de todos toma algo; en to-

dos adquiere una parte que asimila y sirve para aumentar el caudal de sus hechos y verdades.

Así atraviesa todas las generaciones, siempre vieja y siempre rejuvenecida, como un Vishnu fisiológico, sosteniendo la unidad del arte, la individualidad de la ciencia y el germen perenne que promueve nuevos y progresivos desarrollos.

En esta escuela están siempre los adversarios más obstinados y temibles de las nuevas teorías.

Los metodistas, los empiricos y los ecléticos de Alejandría, sucumbieron á los esfuerzos de los dogmáticos, que formaban á la sazón esa escuela. Dueña del campo en el Oriente, como entre los árabes y cristianos de la edad media, se atavió con los descubrimientos nuevos, y empleó su actividad y pujanza en reformarse, aunque poco en el fondo, á sí misma. Mas apenas se presentaron las ciencias ocultas, la cábala, el misticismo paracésico y vanhelmónico, ya vistió la cota de malla, ciñó el casco de hierro y empuñó la espada, para hacerse militante y batalladora.

Combatió á los alquimistas, á Paracelso, á sus sectarios, á las ciencias ocultas, á los Rosa Cruz, á Flud, á Vanhelmónico, á los conciliadores; ganó la batalla contra todos, pero no descansó, no cerró su templo de Jano; marchó sobre los yatroquímicos; derrotados estos, se abalanzó contra los yatomatemáticos, y no dejó de tener sus escaramuzas contra los stalianos. Si no los tuvo más empeñadas con esta escuela, fué porque la de Montpellier, donde florecieron Borden y Barthez, discípulos de Stahl, ha querido siempre ser la heredera de la escuela de Coos, é interpretar á favor de sus doctrinas los cánones hipocráticos.

Transigió con los mecánico-dinámicos, con la irritabilidad de Haller, con la incitabilidad de Brown, con las propiedades vitales de Bichat, y debilitada con esas transacciones, fué derrotada en los campos de Val de Grace, por las huestes acudilladas por Broussais en el primer tercio de este siglo.

Repuesta un tanto de los rudos golpes que le descargó el jefe de la irritación, miró como aliados, aunque con desconfianza, á los anatómicos patológicos, á los organicistas, á los hahnemanianos, á los humoristas, empiricos y ecléticos; refugiada en Montpellier, aguardó paciente y resignada á que la reacción filosófica de la Alemania la robusteciese un poco, y alentada por la *Revista médica* de París, ha salido otra vez á campaña, flamante y provocativa, enarblando una bandera de espiritualismo que pueda aumentar sus huestes, y arremetiendo denodada contra las ciencias anatómicas, físicas y químicas, que invaden con marcha lenta, pero segura y triunfal, los infinitos campos de la fisiología.

Para formaros una idea cabal de esa escuela, analizadla detenidamente en cada uno de sus pasos y periodos; comparad estos, unos con otros y todos con el maestro, á proporción que avanza. Esa análisis y esa comparación, os darán un resultado sorprendente. Vereis que la doctrina hipocrática no es cosmopolita. Apenas sale de Coos, experimenta la influencia modificadora de los climas que recorre. Como los animales y las plantas, que pasan de los polos á los trópicos, ó de los trópicos á los polos, sufre tales mudanzas, tales transformaciones, que llega á ser desconocida. Si Hipócrates se levantara de la tumba y viera ciertos hipocratismos, se volvería al sepulcro por no verlos.

No es necesario para notar esas transformaciones que sigais la escuela paso á paso; tomadla en sus grandes periodos, en sus restauraciones, en sus días de triunfo, y las advertiréis del propio modo. Al pasar por el filtro de los siglos, se depura de todo lo añejo y perecedero, reemplaza sus pérdidas con nuevas adquisiciones, siempre decoradas con el dictado de experimentales, y cuanto más la restauran, tanto menos le resta de lo que fué en vida del fundador de la doctrina. Es como un navío al cual se van mudando sucesivamente las tablas y aparejos, ó como un regimiento que va perdiendo su gente, reemplazada por otra, á los cuales no les queda al fin y al cabo mas que el nombre.

Ved en qué se parece el hipocratismo de Montpellier y de la *Revista médica* de París, al hipocratismo de Sydenham, este al del siglo xvi, este al de Galeno, este al de la escuela dogmática de Alejandría, y esta escuela á la de Coos.

En vano buscaréis la semejanza en los medios teóricos ni prácticos de realizar el hipocratismo. Ni las teorías son las mismas, ni es la misma la terapéutica.

La única cosa que los enlaza, la única que dá unidad á las escuelas hipocráticas de diferentes siglos, es la pretension de no admitir nada que no sea producto de la experiencia, de no erijir en principio nada que no brote de la observación de los hechos, dirigida por un acertado raciocinio; mas sobre no ser eso *medicina*, sino *filosofía*, sobre tener todas las demás escuelas una pretension análoga, el abandono que hace cada restauración hipocrática, de las teorías profesadas por las anteriores; el descrédito de las mismas profesadas por el pontífice, demuestran hasta la última evidencia, que su conducta práctica no corresponde á la voluntad que las anima, que al realizar sus creencias no son tan fieles ni escrupulosas, respecto de esa observación de la que se tienen por devotos.

Yo no me ocuparé, señores, en demostraros, las notables diferencias que se advierten entre la escuela de Alejandría y la de Coos, entre Galeno é Hipócrates, entre las escuelas hipocráticas del siglo xvi y aquellos dos promuevos del arte, entre el hipocratismo del siglo xviii y el del xvi, entre el hipocratismo moderno y el de los ya sepultados en el panteón de los tiempos.

Semejante trabajo no es para una memoria, ó un discurso, reclama un libro; mas las escuelas indicadas no os son desconocidas; cada uno de vosotros podrá ver si voy fundado en lo que he dicho.

Aun cuando así no fuere, aun cuando las escuelas hipocráticas fuesen idénticas en todo, en teoría y práctica, tanto las unas á las otras como á Hipócrates, no por eso deberían ni podrían inspirarnos más confianza, ni merecer más simpatía y deferencia.

Si adoptan en un todo la doctrina de Hipócrates, ya habeis visto lo que es esa doctrina. La medicina práctica de nuestros tiempos puede aprender muy poco de lo consignado en aquella. Si es otra la doctrina que profesan, que no la revistan del prestigio y autoridad de aquel célebre médico; que no pretendan presentárnosla como cosa venerable.

La exageración hiperbólica con que algunos sabios han exaltado el mérito relativo de Hipócrates, ha hecho que el vulgo médico haya tomado ese mérito por absoluto, y no solo se han debido á esa fácil evolución del entusiasmo las restauraciones del viejo hipocratismo, sino el que todos los forjadores de sistemas pongan á sus peregrinas concepciones, el sello de la doctrina coaca.

Hipócrates es la máscara con que se cubren todos los que sienten en su conciencia la flaqueza de sus hipótesis; es la condecoración que se cuelga todo sistema que no tiene confianza en el prestigio de su personalidad; es la estampilla con que se aseguran la obediencia, los que necesitan de una autoridad superior para contar con el respeto; es el *exequatur* con que se facilitan el paso los que temen que se les cierren las puertas del asentimiento; es la guía de la aduana para el que introduce contrabando; es la patente limpia, en fin, que se procura el que viene navegando desde puertos apostados.

La privilegiada nombradía del médico de Coos ha estimulado la ambición de todos los que no se sienten con fuerza para subir á tanta altura; esa nombradía es un patrimonio que tiene muchos y codiciosos pretendientes; todos quieren ser herederos ó albaceas de ese patrimonio, y al adjudicarse á sí mismos el legado, derraman el ridículo sobre el fundador del mayorazgo.

Padrino nato de todos, introductor obligado de cualquier advenedizo, esa colosal figura viene á ser entre sus desatentados panegiristas, una especie de maniquí, al que cada uno viste á su antojo.

De los libros de ese autor griego puede decirse lo que, según Luis Peisse, dice un poeta inglés de la Biblia:

Libro es en donde cada cual inquiere

Un dogma, y halla el dogma que prefiere.

O bien, como dice Trousseau: cada uno lee en esos libros lo que tiene en su pensamiento.

Así comprendereis fácilmente, cómo los hipocráticos no se parecen los unos á los otros, y cómo ninguno de ellos se parece á su pontífice.

Hay en las doctrinas médicas un principio fundamental acerca del que se diría á primera vista, que podría haber concordancia entre todos los hipocráticos antiguos y modernos. Aludo al vitalismo.

Pues precisamente en nada reina tanta anarquía como en todo lo concerniente á ese principio.

Desde el padre Hipócrates, cuyas obras rebosan de materialismo jonio, hasta el vitalismo psicico de Recamier, de Cayol y de la *Revista médica* de París, son tantas las escuelas vitalistas, que ya fatigan la memoria y abruman el espíritu.

Hay vitalismos de todas clases y á gusto del consumidor, como se dice vulgarmente. Los hay materiales, humoristas, solidistas, gaseosos ó incoercibles; los hay dinámicos y metafísicos; los hay, en fin, psychicos ó espirituales.

Tras el vitalismo humoral de Hipócrates y demás griegos ó el ontológico de la *naturaleza medicatriz* y *militante*, hemos visto en tiempos más cercanos el *orgánico* de los Glisson, los Gortner, los Haller, los Brown, los Borden, los Bichat, los Cabanis, los Pinel, los Chaussier, los Broussais y demás sostenedores de las *propiedades vitales*, que forman todavía el *credo* de la inmensa mayoría de los médicos. Hemos visto el vitalismo *anímico* de Stahl, el *dinámico* ó *metafísico* de Barthez, inventor del principio vital, como forma abstracta de una entidad absurda, hipotéticamente admitida como síntesis del código fisiológico, por el cual se rijan los fenómenos propios de los cuerpos organizados, con escepcion de los intelectuales y morales, los cuales tienen fuero particular, ó reconocen otro principio. Hemos visto, en fin, el vitalismo *psychico* de Recamier, de Cayol y de los redactores de la *Revista médica* de París, para los cuales, la *fuerza vital* es otra de las atribuciones del *alma pensadora*.

Y no para todo aquí. Si todos esos vitalistas de diversa escarapela y uniforme, forman liga estrecha y compacta contra los que miran la vida como un modo de ser de la materia diferente del que tiene en los cuerpos inorgánicos, se destrozan entre sí con tanta menos piedad, cuanto más íntimos son los vínculos que los unen.

Los metafísicos y psychicos apellidan pseudo-vitalistas, materialistas disfrazados, á los organicistas, y no los consideran suficientemente pertrechados contra los yatroquímicos y yatomatemáticos del siglo xix, como designan con cierto desden olímpico á los fisiólogos, físicos y químicos.

No es mayor la paz que reina entre aquellas dos sectas espiritualistas, puesto que á los himnos de victoria, á los *hossana* que entona el flamante vitalismo hipocrático de París, se agita sañudo y refunfuñador el viejo y celoso hipocratismo de Montpellier, reclamando sus fueros y privilegios de prioridad y pertenencia. No hay un espectáculo más divertido que las ardientes polémicas entre Cayol y Lordat, recluta aquel del vitalismo anímico, veterano este del vitalismo barthesiano ó dinámico.

El humo de la pólvora con que anublan su campo de batalla, no les deja ver que el vitalismo de Montpellier, á lo Barthez, con sus dos principios vitales, uno para la vida orgánica y otro para la psíquica, no es, en fin, mas que un fósil, desenterrado de los jardines de Academo, donde le dejó dividido Aristóteles en alma *sensitiva*, *nutri-*



tiva y racional, y que el vitalismo de la *Revista* no viene a ser más que un escudete de estalinismo, ingerido en el árbol hipocrático del siglo XIX.

Y *risum teneatis amici*; todos esos vitalistas se amparan bajo el patronato exclusivo del pontífice de Coos; todos gravan en su escudo el dictado de hipocráticos; todos prenden en su sombrero la escarapela coaca, como una exhibición de documentos legítimos para declararse herederos de la gran fama, para ser ellos los *Levitas* de esa *arca santa* que llevan a los combates.

Hipócrates, filósofo de los tiempos gentílicos, en que las almas no existían ó eran tres; Hipócrates, el de las cualidades, el de los cuatro elementos, el de los cuatro humores, el del libro de los aires, aguas y lugares, el de las epidemias, el de la naturaleza, vitalista anímico y dinámico; metafísico ó psíquico; ¿Qué vitalismo es ese que así se presta a las elucubraciones platónicas, cartesianas y *yoístas* de los Cayol, como al método *à posteriori* de Bacon, acariciado por los Barthez y Lordat? ¿Quién engaña á quién?

¿Y ese es el vitalismo hipocrático, el hipocratismo que en nuestros días se levanta como concepción más acabada, más progresista, más digna de la confianza de los médicos? ¿Qué resta ya de Hipócrates en esa destilación de quinta esencia, obtenida en el alambique de los neostalinianos y barthesianos?

Señores, no es tiempo ni ocasión de tomar por lo serio esos delirios, solo posibles en una época de reacción como la nuestra; pero de reacción pasajera como una aurora boreal. Vuestro cansancio me advierte que debo concluir, y voy á hacerlo con unas palabras de Jesucristo: *A fructibus eorum agnosceitis eos*, decía el Redentor, hablando de los Fariseos y Escaristas. Yo digo lo mismo de los vitalistas montpellerianos, que han tenido más tiempo de producir algo, que los flamantes stalinianos de París.

¿Qué han hecho esos metafísicos con sus altaneras pretensiones, con sus miradas olímpicas, con sus arrogantes

actitudes? ¿Qué obra útil para la medicina práctica, ha salido de su pluma especulativa de unos 50 años á esta parte? ¿Qué hay en fisiología, en patología, en terapéutica, confeccionado con arreglo á sus doctrinas? ¿Qué descubrimiento se les debe, qué mejora les corresponde, qué progreso han promovido? ¿Qué parte han tomado en las grandes luchas del siglo? ¿Qué ha escrito Lordat, ese último albacea de la escuela de Barthez? ¿La *insensescence du sens intime*? ¡Oh, si todo se reduce á eso, será muy posible que hasta el más tolerante recuerde la antigua fábula del *monts parturiens*!

La escuela de Montpellier vitalista, ya veterana, partiendo del principio, que todo está ya hecho, que todo se hizo en Coos, y meciéndose en la ilusión de que ella es ahora la isla de Stankio, permanece inmóvil y en beatífico reposo como un Dios egipcio, no sale de su misterioso santuario, y cerniéndose en las nubes de la especulación, desdeña los trabajos particulares y minuciosos de la *plebe*, por más que la práctica del arte viva de esos trabajos y no de las elucubraciones metafísicas de la familia neo-platónica.

¿Y se extrañará que haya quien diga que el vitalismo es la escuela de la pereza vanidosa, el inmovilismo elevado á la altura de sistema, que trapeado en su magestad, se congratula de dos mil años de cristalización, y se vanagloria de no ser más que un puro y fiel eco de la gran voz de Hipócrates?

Médicos españoles, que aspiráis á ser algo en el vasto y escabroso campo de la medicina práctica, no os dejéis arrastrar por el torrente reaccionario que baja de la política á la filosofía, y de la filosofía á la medicina; no caigais en el pérfido lazo que se os tiende con el disfraz hipocrático: ved que el hipocratismo de que se os habla, no tiene ya, no digo precisamente nada de las doctrinas del gran médico de Coos, insuficientes é inútiles para nosotros, sino ni aun su espíritu filosófico; el método *à pos-*

*teriori*, la observación ilustrada con el raciocinio, la experiencia razonada, á cuyos albores el hipocratismo debió su primera restauración en el siglo XVI, á cuya proclamación más acabada por la concepción baconiana, tornó á brillar en el siglo XVIII, y á cuyas reglas os inclináis todos, porque la conciencia os dice que es el método mejor para dar con la verdad donde quiera que se oculte para que la busque el hombre: os está llamando á voz en grito al estudio de las ciencias físicas y químicas, al estudio de la anatomía química y microscópica, para rasgar el velo que cubre los arcanos fisiológicos, al estudio experimental de los fenómenos objetivos, para elevarse desde ellos de generalidad en generalidad á la gran síntesis.

Que no os arredre el dictado de materialistas con que se os quiere espantar, si abandonáis la gimnástica metafísica por el estudio de las organizaciones, con los mismos medios que tantas ventajas reportan en el de los cuerpos inorgánicos; ese injusto y mal intencionado anatema es la primera y más elocuente revelación de la flaqueza de los que tal dictado os dan, es su impotencia que chilla, es un mal pleito que se defiende á voces.

¿Queréis marchar siempre á remolque de las naciones extranjeras, quedaros al ínfimo nivel en que os han dejado vuestros padres, no figurar jamás donde se escriben los nombres de los que empujan la humanidad hacia el progreso? Seguid durmiendo en el regazo de la especulación con que, á nombre de Hipócrates, se os brinda por vez tercera.

¿Queréis elevaros al nivel de las demás naciones, tomar activa parte en ese movimiento científico que las ha colocado á tanta altura; dar á la España médica las proporciones de un gigante? Levantaos todos, sacudiendo las trabas de la idolatría que os subyuga, y gritad á voz en cuello: *á trabajar*.

Madrid 16 de enero de 1839.

El Dr. Mata.

## MONTE-PIO FACULTATIVO.

Continúa el estado demostrativo de los socios fundadores que empezó á publicarse en el número 261.

NOMBRES Y PROFESION DE LOS INTERESADOS.	RESIDENCIA.		Haber de beneficio que han entregado para las ventajas del artículo 6.º del artículo 7.º		ACCIONES que tienen declaradas.	OBSERVACIONES.
	Pueblo.	Provincia.				
D. Fulgencio Farinós é Illescas, médico.	Granada.	Granada.	214	»	10 de 2. <sup>a</sup>	
Eduardo García Duarte, médico.	Id.	Id.	»	»	4 de 1. <sup>a</sup>	
Juan Creus y Manso, médico.	Id.	Id.	»	118	5 de 1. <sup>a</sup>	
Santiago López Argüeta, médico.	Id.	Id.	221—22	»	9 de 3. <sup>a</sup>	
José Lledó y Valdivia, médico.	Id.	Id.	241—20	»	4 de 3. <sup>a</sup>	
Florentino Ugarte, cirujano.	Vera.	Almería.	111—22	»	6 de 1. <sup>a</sup>	
Nicolás Iborra y Ramon, médico.	El Rubio.	Sevilla.	»	»	8 de 5. <sup>a</sup>	
Antonio Gallego y Fuentes, médico.	Palma del Rio.	Córdoba.	516—23	»	7 de 5. <sup>a</sup>	
Francisco de Fuensalida Cervera, médico.	Montefrio.	Granada.	»	»	4 de 3. <sup>a</sup>	
Agustín Ramé y Berbel, médico.	Albox.	Id.	»	»	4 de 3. <sup>a</sup>	
José López, médico.	Cuevas-bajas.	Id.	»	»	4 de 5. <sup>a</sup>	
José López Herrera, médico.	Peza.	Id.	»	»	4 de 4. <sup>a</sup>	
Juan Hernandez, médico.	Guadix.	Id.	»	»	4 de 4. <sup>a</sup>	
José Molés y de la Fuente, cirujano.	Padul.	Id.	74—16	»	4 de 1. <sup>a</sup>	
Isidoro Gonzalez Clemente, médico.	Moclin.	Id.	»	»	8 de 2. <sup>a</sup>	
Nicolás María Sanchez, médico.	Ugijar.	Id.	»	»	8 de 4. <sup>a</sup>	Tiene que hacer el pago de beneficio para las ventajas de fundador.
José de Caliz Valverde, médico.	Algarinejo.	Id.	»	»	8 de 4. <sup>a</sup>	Id. id.
			1380—1	118	101	

## JUNTA DELEGADA DE SANTANDER.

D. José María Hernández, médico.	Santander.	Santander.	213—14	»	10 de 2. <sup>a</sup>	
José Ferrer y Garcés, médico.	Id.	Id.	221—22	»	9 de 3. <sup>a</sup>	
Juan Mons y Escobar, médico.	Id.	Id.	231—20	»	10 de 2. <sup>a</sup>	
Vicente Terron y Molés, médico.	Santña.	Id.	151—22	»	6 de 2. <sup>a</sup>	
Miguel Fornés y Lorente, médico.	Santander.	Id.	104—14	»	6 de 1. <sup>a</sup>	
Antonio Verástegui y Graells, médico.	Id.	Id.	204—12	»	9 de 3. <sup>a</sup>	
Cándido de la Portilla y Alonso, médico.	Id.	Id.	»	»	4 de 2. <sup>a</sup>	
Gaspar de Rivas y Zárate, médico.	Id.	Id.	266—4	»	7 de 3. <sup>a</sup>	
Juan Prado y García, médico.	Valle de Mena.	Id.	»	»	10 de 1. <sup>a</sup>	
			1393—6	»	71	

## JUNTA DELEGADA DE VALENCIA.

D. José Romagosa y Gotsens, médico.	Valencia.	Valencia.	221—22	»	9 de 3. <sup>a</sup>	
Joaquín Fernandez y Lopez, médico.	Petrel.	Id.	218—29	»	6 de 3. <sup>a</sup> y 2 de 4. <sup>a</sup>	
Joaquín Casañ y Rigla, médico.	Valencia.	Id.	215—8	»	8 de 3. <sup>a</sup>	
Francisco de Paula Alafont, médico.	Id.	Id.	138—32	»	8 de 1. <sup>a</sup>	
Francisco Badia y Royo, médico.	Id.	Id.	326—24	»	8 de 4. <sup>a</sup>	
Ramon Lloret, médico.	Id.	Id.	221—22	»	5 de 3. <sup>a</sup> y 3 de 4. <sup>a</sup>	
Francisco de Torres y Auban, médico.	Denia.	Alicante.	148—1	»	4 de 3. <sup>a</sup>	
Joaquín Gomez y Dalmau, médico.	Id.	Id.	204—12	»	6 de 3. <sup>a</sup>	
Mariano Lopez y García, médico.	Forcall.	Castellón.	148—1	»	6 de 3. <sup>a</sup>	
Mariano Songel y Gassó, médico.	Valencia.	Valencia.	197—2	»	4 de 5. <sup>a</sup>	
Eulogio Cervera, médico.	Gandia.	Id.	387—31	»	8 de 3. <sup>a</sup>	
Cayetano Such é Insa, médico.	Muro.	Alicante.	198—30	»	10 de 2. <sup>a</sup>	
Ramon Noguera, médico.	Valencia.	Valencia.	241—21	»	9 de 3. <sup>a</sup>	
Vicente Serrano y Traver, médico.	Id.	Id.	200—24	»	10 de 1. <sup>a</sup>	
Miguel Toran y Cardona, médico.	Torrente.	Id.	213—14	»	10 de 2. <sup>a</sup>	
José García Rios, médico.	Villena.	Id.	197—2	»	8 de 3. <sup>a</sup>	Con la restricción del art. 2.º
			2114—19	»	124	



## JUNTA DELEGADA DE BARCELONA.

D. Francisco Sastré y Domínguez, médico.	Barcelona.	Barcelona.	118—34	»
Pedro Saló, médico.	Camprodon.	Gerona.	»	»
Isidoro Ortega, médico.	Barcelona.	Barcelona.	217—2	»
Francisco Just y Lloreda, médico.	Id.	Id.	200—24	»
Manuel Arnús y Ferrer, médico.	Id.	Id.	190—26	»
José Martí y Artigas, farmacéutico.	Id.	Id.	213—14	»
Vicente Moya y Escardini, farmacéutico.	Palma.	Mallorca.	213—14	»
Antolin Juan y Juan, médico.	Barcelona.	Barcelona.	190—26	»
Pedro Enrich y Moliner, médico.	Cardona.	Id.	»	»
Fernando Escofet y Caxás.	Badalona.	Id.	142—28	»
José Colominas y Casas, médico.	Igualada.	Id.	197—2	»
Jaime Casajuana, médico.	Martorell.	Id.	233—7	»
José Baroy, médico.	Masnou.	Id.	126—8	»
Estéban Puig y Compte, farmacéutico.	Id.	Id.	109	»
Manuel Vidal y Casas, médico.	Piera.	Id.	83—13	»
Clemente Antonio Campá, médico.	Vich.	Id.	231—20	»
Fortian Feu, farmacéutico.	Id.	Id.	213—14	»
Francisco Felip y Artis, médico.	Lérida.	Lérida.	»	»
José Juan Rosas y Bertran, médico.	Solsona.	Id.	»	»
Antonio Locaya, cirujano.	Cervera.	Id.	116—9	»
Isidro Eroles y Ramon, médico.	Grañena de Cervera.	Id.	267—2	»
Juan Gispert, médico.	Cedó.	Id.	231	»
Lorenzo Belloc y Carrera, cirujano.	Balaguer.	Id.	297—2	»
José Casadevall y Oms, médico.	Lleida.	Gerona.	90—28	»
Jaime Vila y Pons, médico.	Palma.	Mallorca.	233—7	»
Antonio Caballé, farmacéutico.	Ruidoms.	Tarragona.	98—33	»
Manuel de Sanz y Laval, médico.	Sabadell.	Barcelona.	186—6	»
Pedro Miralles y Vidiella, médico.	Ruidoms.	Tarragona.	144—14	»
Francisco Ferrer y Ballester, farmacéutico.	Figueras.	Gerona.	216—6	»
Vicente Cirera, médico.	San Cugat del Valles.	Barcelona.	241—21	»
Francisco Martí, cirujano.	Mayals.	Lérida.	148—4	»
Pedro Basagaña, farmacéutico.	Barcelona.	Barcelona.	98—33	»
Antonio Lopez Puig, médico.	Belvis.	Lérida.	»	»
José Relat y Torrecabota, médico.	San Lorenzo de Morunís.	Id.	246—4	»
Francisco Bacaria y Marqués, médico.	Canejar.	Id.	»	»
Juan Bautista Todo y Oltra, médico.	Tortosa.	Tarragona.	»	»
Salvador Clascar, farmacéutico.	San Quintín de Mediora.	Barcelona.	138—32	»

## SECRETARIA GENERAL.

## ADVERTENCIA PARA LOS SOCIOS.

Habiéndose instalado legalmente este Monte-pío en 3 de diciembre último, la Secretaria ha empezado á remitir á los socios fundadores los *oficios de admision* que han de servirles de *patentes provisionales* hasta que, completado el pago de la cuota de entrada, se les espidan las *definitivas*; pero como los términos generales en que se hallan concebidos los expresados *oficios*, y el haber tenido lugar la instalacion despues de la época en que se hallaban extendidos, por considerar que las diligencias de aprobacion de los Estatutos hubieran sido más breves, hayan producido dudas en los que ya tenían voluntariamente hecho el pago del primer plazo de la cuota de entrada, la Secretaria, de acuerdo con el Presidente de la Sociedad, ha considerado indispensable hacer las aclaraciones siguientes:

1.º El documento que se remite á todos los socios fundadores, es el fehaciente de su admision con las condiciones de Estatutos en que ha tenido efecto, para que puedan acreditarlo en todo tiempo y lugar; hasta que, despues de realizado el completo pago de la cuota de entrada, reciban la patente definitiva.

2.º Los artículos de los Estatutos que se citan en el expresado documento, manifiestan las obligaciones y los derechos que tienen señalados en el *Monte-pío* en que están inscritos.

3.º Las cantidades que se espresan al margen del expresado documento, manifiestan para conocimiento de los interesados, el importe total del valor de las acciones que tienen declaradas, y la cantidad que de este les corresponde satisfacer en cada plazo, así como se consigna tambien, para su gobierno, el dividendo que les correspondiera abonar por ellas despues que hayan transcurrido los plazos establecidos para el abono de la cuota de entrada ó sea el total importe de las mismas, y los meses á que corresponden los plazos fijos en que deben verificarse todos los pagos.

4.º Que los socios que tienen ya abonado el pago de beneficio para las ventajas de fundador y el primer plazo de su respectiva cuota de entrada, nada tienen que satisfacer hasta el segundo plazo, que será en los meses de abril y mayo próximos; contándoseles el tiempo de espec-tacion, como determinan los artículos correspondientes del capítulo adicional de los Estatutos, desde el día en que hicieron el pago del primer plazo de cuota de entrada, despues de haber consignado el de beneficio para las ventajas establecidas, si hubiesen tenido que verificarle.

Y 5.º Que el pago del primer plazo de cuota de entrada, se halla abierto hasta fin de febrero próximo, para todos los que no le han verificado voluntariamente antes de la instalacion de la Sociedad; el cual no puede admitirse á los que aun no hubiesen hecho el de bene-

ficio y tuvieran que hacerle, mientras no efectuaren su abono.

Madrid 19 de enero de 1859.—El secretario general, Lu's Colodron.

## MINISTERIO DE LA GOBERNACION.

## REAL DECRETO.

Remitido á informe de las Secciones de Gracia y Justicia y Gobernacion del Consejo de Estado el expediente sobre autorizacion negada por V. S. al Juez de primera instancia de Vitigudino, para procesar al segundo Teniente de Alcalde de dicha villa D. Juan Eladio Repila, por haber impedido que el cirujano D. José Gonzalez Calvo saliese al reconocimiento de un cadáver, han consultado lo siguiente:

Estas Secciones han examinado el expediente original, remitido por el Gobernador de la provincia de Salamanca, en que, de acuerdo con el Consejo provincial, ha negado la autorizacion solicitada por el Juez de primera instancia de Vitigudino para procesar al Teniente segundo de Alcalde de la misma villa D. Juan Eladio Repila; de cuyo expediente resulta:

Que habiendo impuesto el expresado Juez una multa de dos duros al profesor de cirugía D. José Gonzalez Calvo, por haber dejado de cumplir la orden que le dio el 31 de agosto último, para que concurriese al reconocimiento de un cadáver en Encinasola, espuso el mismo Gonzalez Calvo que no dejó de cumplir la orden referida por su propia voluntad, y aunque legítimamente ocupado, estuvo pronto á salir; pero que medió una prohibicion escrita de la Autoridad municipal, que presentaba al juzgado en una papeleta suscrita por el Teniente de Alcalde Repila el propio día 31 diciéndole: «nada tengo que oírle á V. sino prevenirle que no salga de la poblacion en la que hace falta».

Que pasadas las actuaciones al Promotor fiscal, opinó este que podía dirigirse el procedimiento contra el Teniente de Alcalde, y el Juez pidió informe al propio Teniente de Alcalde, quien hizo presente:

1.º Que hallándose desempeñando la Alcaldia le manifestó Sebastian Garcia, vecino de Vitigudino, que la mujer del mismo se hallaba con síntomas de un parto muy peligroso, y que con este motivo impetraba el auxilio de la Autoridad, porque tenía entendido que el facultativo del pueblo se ausentaba y era necesario que asistiese á la enferma como otras veces, que con su pericia la había librado en peligros iguales al que le amenazaba.

2.º Que en su consecuencia envió orden verbal al profesor para que no se ausentase en manera alguna ni abandonase á la parturiente, y en virtud de contestacion del mismo profesor en que decía que si no le dirigía un oficio tendria que salir con el juzgado, le pasó la papeleta sellada y firmada de que se ha hecho mérito.

3.º Que á las diez de la noche de aquel día se le presentó el facultativo á darle cuenta de que despues de un trabajo parto, á que asistió todo el día y hasta aquella hora, se había salvado la mujer de Sebastian Garcia.

6 de 2.ª

3 de 3.ª

10 de 1.ª

10 de 1.ª

5 de 1.ª y 4 de 3.ª

10 de 2.ª

10 de 2.ª

6 de 4.ª

8 de 4.ª

3 de 3.ª

8 de 3.ª

8 de 4.ª

5 de 2.ª

5 de 1.ª

4 de 2.ª

10 de 2.ª

10 de 2.ª

10 de 1.ª

7 de 5.ª

4 de 4.ª

4 de 5.ª

6 de 4.ª

8 de 3.ª

4 de 3.ª

8 de 4.ª

5 de 2.ª

10 de 1.ª

5 de 4.ª

4 de 5.ª

6 de 3.ª

4 de 2.ª

6 de 2.ª

5 de 5.ª

2 de 5.ª

5 de 5.ª

5 de 4.ª

239

Y 4.º

Que

habia

ignorado

como

ignoraba,

que

tuvie-

ra

necesidad

de

comunicar

al

Juez

los

motivos

de

su

determinacion,

hallándose

esta

en

el

circulo

de

sus

atribu-

ciones,

y

sin

haber

se

rozado

con

la

Autoridad

judicial

ni

antes

ni

despues

de

dar

sus

órdenes

al

facultativo

contratado

por

el

Ayuntamiento

á

nombre

del

pueblo,

con

dependencia

de

la

Autoridad

administrativa

en

casos

como

el

presente:

Que

el

Juez,

en

su

vista,

relevó

de

la

multa

al

profesor

de

cirujia,

y

pidió

autorizacion

al

Gobernador

de

la

provincia

para

proceder

contra

el

Teniente

de

Alcalde,

y

el

Gobernador,

de

acuerdo

con

el

Consejo

provincial,

acordó

la

negativa:

Considerando:

1.º

Que

por

lo

que

aparece

sin

ninguna

contradiccion

en

el

testimonio

remitido

por

el

Juez

al

solicitar

la

autorizacion

de

que

se

trata,

el

Teniente

de

Alcalde

de

Vitigudino

mandó

al

profesor

de

cirujia

de

aquella

villa

que

no

saliera

de

la

poblacion

por

constar-

le,

á

instancia

de

parte

legítima,

que

exigia

su

in-

mediata

asistencia

facultativa

el

estado

alarmante

de

una

enferma

con

síntomas

muy

peligrosos

de

un

próximo

alumbra-

miento:

2.º

Que

esta

providencia,

no

solo

es

propia

de

la

Autoridad

municipal,

sino

que

en

el

caso

presente

apare-

ce

dictada

en

medio

de

circunstancias

extraordinarias

que

la

reclamaban

imperiosamente:

3.º

Que,

por

tanto,&lt;/



mo al primer ayudante médico del primer batallón del Regimiento infantería de Córdoba D. Juan Cruz de la Mata y Mozo.

## VARIEDADES.

### Sesiones científicas del cuerpo facultativo de hospitalidad domiciliaria de Madrid.

Verificóse el 10 del presente mes la primera de estas sesiones, acertadamente establecidas, y que pueden dar muy buenos resultados para la ciencia.

El señor presidente abrió la sesión con un breve discurso sobre la importancia de la hospitalidad domiciliaria.

El Sr. Llanos refirió el caso de una mujer como de 50 años, que presentaba los siguientes síntomas: vientre voluminoso y con elevaciones y abolladuras perceptibles a la vista, paredes abdominales muy distendidas, fluctuación. Al tacto se percibía gran número de tumores abdominales, desiguales, duros, móviles y como flotantes; cualquiera que fuese el punto donde se pusiera el dedo, se hallaba uno de ellos, el cual se hundía a la presión para ascender nuevamente al cesar esta. El más voluminoso tenía el tamaño de dos puños reunidos. Eran desiguales, indolentes a la presión, pero en ciertas ocasiones daban lugar a algunos dolores lancinantes, pasajeros y espontáneos. Estos tumores tenían diez años de fecha, y solo en los últimos meses produjeron cierta incomodidad unida con demacración, la cual fué creciendo, acompañándose de edema en las extremidades inferiores y recargos febriles por las tardes, hasta que sobrevino la muerte. No pudo hacerse la autopsia. El Sr. Llanos se inclinaba a creer que estos tumores serían escirrosos.

El Sr. Conde mencionó un hecho análogo. Una mujer de 53 años presentaba también ascitis y varios tumores duros y fluctuantes en el vientre. En la autopsia se encontraron hasta 22 tumores de distintos tamaños, duros y colocados dentro de la cavidad del peritoneo, adhiriéndose al grande omento algunos por un pedículo de 3 pulgadas de longitud: su estructura era semejante a la de los fibro-plásticos, si bien su escesa dureza quizá les asimilaba más al tejido escirroso en su primer período.

A este propósito citó el Sr. Sanchez Rubio el caso de un tumor abdominal, observado en una joven de 28 años: era indolente, duro, móvil, del tamaño de una naranja, y generalmente situado en el hipocóndrio izquierdo, si bien podía llevarse sin notable incomodidad de la enferma a cualquier punto del abdomen.

El mismo Sr. Sanchez Rubio espuso la historia de una pulmonía, que recayó en un sujeto de 30 años, y fué combatida, primero con las sangrías y luego con el tártaro emético, muriendo el enfermo el undécimo día con síntomas adinámicos, después de haber hecho esperar el alivio de los pulmonales una favorable terminación.

### Ejercicio de la medicina legal.

En la sección oficial insertamos una importante decisión del Consejo de Estado, de la que resulta que pueden los alcaldes oponerse a que los facultativos titulares salgan de los pueblos para asuntos médico-legales, cuando reclamen su presencia atenciones urgentes de su servicio especial. En lo sucesivo, los profesores requeridos para prestar un servicio forense fuera de las poblaciones con quienes están contratados, tienen el recurso de oficiar al alcalde, manifestándole la orden que han recibido y su incompatibilidad, si la hubiese, con la asistencia médica de determinados individuos. La autoridad municipal podrá sin inconveniente, en vista de la jurisprudencia establecida, oponerse a la salida del profesor, y si no lo hiciere, suya será la responsabilidad de cualquier especie que hubiere lugar a exigir. Las faltas de asistencia que esperimenten las familias, solo deberán atribuirse al que, pudiendo, no haya querido evitarlas.

Algo, pues, se ha adelantado en el camino de reconocer, al lado de los fueros de la justicia, los no menos sagrados de la humanidad doliente. Falta todavía que se respete de igual modo a los profesores no contratados ó libres, ya porque pueden tener con los particulares compromisos tan atendibles como los contraídos con un ayuntamiento; ya porque no es justo atacar su libertad para servicios previstos, y que si no se organizan convenientemente, es por culpa de la administración.

Por desgracia, como los profesores libres no tienen fuero administrativo, cualquier desobediencia por su

parte caería bajo la jurisdicción de los tribunales, y no daría lugar a competencia que pudiera decidir el Consejo de Estado de un modo conforme con los principios que en el caso de que tratamos le han servido de guía. Por lo tanto, nada ha variado la posición de los médicos no titulares ni dependientes de la administración bajo concepto alguno; pero siempre son muchos los que encontrarán en el documento citado, el medio de resolver una de las mayores dificultades que suelen presentarse en el ejercicio de la profesión.

### Intrusos.

También es importante la decisión del Consejo de Estado, relativa a un caso de intrusión, que insertamos en el número anterior. En ella se fija la jurisprudencia que debe estar en vigor respecto de este punto, y se establecen principios que pueden servir de fundamento a los subdelegados de Sanidad, y apoyar enérgicamente sus reclamaciones en los casos que les ocurran. Las autoridades administrativas saben ya terminantemente lo que les corresponde hacer, y los profesores tienen más desembarazado el camino para perseguir las intrusiones.

Ahora conviene que redoblen su celo, ya que se les aumentan los medios de emplearle con utilidad.

### Oposiciones a baños.

Como ya anunciamos en nuestro número anterior, el lunes día 17 tuvo su ejercicio la trinta décimaséptima, siendo sustentante el Sr. D. José María Fernández, y contrincantes los Sres. D. Justo Haro y Romero y don Juan José Cortina. El primero se ocupó en su Memoria de las aguas de Segura de Aragón, y de dilucidar la proposición siguiente:

«Especificar cómo debe hacerse el estudio físico de las aguas minerales y el de los medios ó condiciones que toman parte en su acción.»

Habiendo concluido en este día todos los casos teóricos de las diez y siete trincas, se dió principio el martes 18 a los casos prácticos de las mismas; cuya reseña no seguiremos haciendo como hasta aquí, por no permitirlo su naturaleza. Pero sin embargo, nos ocuparemos en algún número, y cuando lo creamos oportuno, de la marcha de estos tan pesados ejercicios, con el objeto de tener a nuestros suscritores al corriente de ella y de su terminación.

Por todas las Variedades:

El Srío. de la Redacción, RAIMUNDO SANFRUTOS.

## CRONICA.

**Estado sanitario de Madrid.**—Poca variación sufrieron las vicisitudes meteorológicas y atmosféricas de la tercera semana de enero, iguales en un todo a las observadas en las anteriores. Los vientos soplaron del mismo cuadrante: la presión atmosférica, revelada por el barómetro a 26 pulgadas y 5 líneas, y la temperatura, manifestada en el termómetro por 2 y 3 grados bajo 0, fueron iguales a las de los otros setenarios. La atmósfera, por último, estuvo despejada, con ráfagas y celajes, y una tarde con nubarrones que se deshicieron en una menuda y ligera llovizna del SO.; sin embargo, el sábado saltó el viento al Sur y sobrevinieron chubascos, que es posible continúen.

El elemento catarral y el inflamatorio son los predominantes: son muy comunes las fluxiones, los corizas, las ronqueas, las toses catarrales, que en los niños se hacen convulsivas con suma facilidad, y los dolores de muelas y de oídos. Abundan las calenturas gástricas, catarrales é inflamatorias, los dolores nerviosos y reumáticos, las artritis, los catarros de todas especies, y varias erupciones, entre ellas la varicela y la viruela. Obsérvanse también algunos casos de pleurodinias, pleuresias, pulmonías y de ataques cerebrales; enfermedades todas a cual más graves y de las que han sucumbido algunos enfermos.

**Estadística.**—El movimiento de las enfermerías del Hospital general de esta corte, en todo el año pasado de 1858, fué el siguiente: Enfermos existentes en 1857, 1,245. Id. entrados en 1858, 16,896. Total, 18,141. Fueron curados en 1858, 14,696. Fallecieron durante el mismo año, 2,475. Total, 17,171. Quedaron existentes en fin de diciembre de 1858, 968. Los 18,159 enfermos, causaron 454,215 estancias.

**El hospital de San Juan de Dios de esta Corte** amenaza ruina por varios puntos. Uno de estos días ha sido preciso desocupar precipitadamente algunas salas de enfermos para evitar una desgracia. Bueno sería que el Gobierno, en vista de lo que ocurre, decidiera enagenar este viejo edificio, procediendo a la construcción de un nuevo y buen hospital en otro sitio más a propósito.

**Ateneo de Madrid.**—El Sr. Torres Muñoz y Luna ha vuelto a anudar sus interrumpidas lecciones sobre los cuatro elementos de Aristóteles en el siglo XIX.

**Nombramiento.**—Ha sido nombrado vocal facultativo de la Junta provincial de Beneficencia de Madrid el Dr. D. Agustín Gómez de la Mata.

**Instrucción pública.**—De la estadística de la primera enseñanza correspondiente al quinquenio de 1853 a 1857, que ha publicado el gobierno en su periódico oficial, resulta que en estos cinco años se han aumentado en una tercera parte las escuelas existentes; se han abierto nuevas en más de 2,500 pueblos que antes carecían de los beneficios de la educación elemental; se han expedido 4,447 títulos de maestros; se ha aumentado la concurrencia de niños en 225,247, y ha crecido la consignación de los establecimientos

de instrucción primaria en 5.900,758 rs. Estos resultados son satisfactorios.

**Pubertad prematura.**—Según el *British medical journal*, hay en Manchester (Inglaterra), una niña de 5 años, que desde los 3 y medio empezó a tener la regla, y en la actualidad presenta todas las señales de la pubertad, como son el vello del púbis y el desarrollo de los pechos. En mayo de 1858 tenía tres pies siete pulgadas de alta, y pesaba 52 libras. Su inteligencia estaba poco desenvuelta, y no parecía experimentar deseos sexuales.

**La peste de Benghazí.**—Continúa en este territorio la epidemia de que ya tienen conocimiento nuestros lectores. La comisión sanitaria enviada por el gobierno turco procura llenar su cometido al través de grandes riesgos y dificultades, no siendo lo menor de estas la indiferencia con que las autoridades locales miran allí las órdenes del Sultán.

**Mortandad.**—El término medio de la mortandad en cada uno de los años 1835 a 57 ha sido: en Londres de 60,460 personas; en París 55,140; en Viena 21,128 y en Berlín 10,740. Un periódico afirma que en Viena la mitad de las defunciones son causadas por la tisis tuberculosa. Esta terrible enfermedad hace tales progresos en la capital de Austria, que algunos médicos han propuesto designarla con la denominación de *morbus viennensis*.

**Anestesia local.**—La *Gaceta de los Hospitales* de París, anuncia que se acaba de conseguir el modo mas fácil y sencillo de producir una anestesia local ó insensibilidad, la cual permite que sin experimentar el paciente la menor sensación dolorosa, se le pueda extraer una muela ó diente, sajarle un panadizo ó efectuar en él otras operaciones quirúrgicas de esta clase. Hé aquí el modo de lograrlo: En un pequeño pomo se echa como un tercio de su capacidad de alcanfor pulverizado y se le llena de éter sulfúrico. Con esta solución se fricciona ligeramente por medio de una esponja atada a un palito ó barba de ballena durante un minuto, la encía, el dedo ó la parte en que el bisturí debe operar: en seguida es preciso aplicarlo rápidamente. En los individuos que ofrecen algunas dificultades para dejarse operar, es necesario renovar la fricción, porque si pasan algunos minutos la anestesia se hace nula y desaparece. Lo que hay que hacer es frotar con la disolución y operar en seguida.

**Advertencia.**—La abundancia de materiales nos ha obligado a retirar a última hora la segunda carta del Dr. Mata sobre la *Razon humana*, que se insertará en el próximo número.

## REMITIDO.

Señores Directores de EL SIGLO MÉDICO.

Al Director de la *Iberia Médica* digo con esta fecha lo siguiente:

Sr. Director de la *Iberia Médica*:

«Abandono al juicio del público la manera de publicación de mis dos cartas en su periódico.—Las notas se califican por sí mismas y no merecen más contestación.—Desde este momento cesa mi suscripción a la *Iberia Médica*.»

Ruego a Vds. lo publiquen en su próximo número, en lo cual dispensarán Vds. un favor a S. A. S. Q. B. S. M.

Melchor Sanchez de Toca.

Madrid 16 de enero de 1859.

## VACANTES.

Lo están. La plaza de *médico-cirujano* de Burgo, provincia de Málaga, por renuncia del que la obtenia; su dotación 2,200 rs. pagados de propios, y además el producto de las igualas voluntarias que ascenderán a 7,000 rs. Las solicitudes hasta el 15 de febrero.

—La de *médico-cirujano* de Carratraca, provincia de Málaga, por dimisión del que la obtenia; su dotación 3,300 reales por asistir a los pobres, pagados de los fondos municipales trimestralmente, y además el producto igualatorio convencional con los vecinos pudientes. Las solicitudes hasta el 15 de febrero.

—La de *médico* de Quintanar del Rey, provincia de Cuenca; su dotación 8,000 rs. y 500 rs. más por asistir a los pobres. Las solicitudes al presidente del ayuntamiento.

—La de *médico* de Paniza y varios anejos, provincia de Burgos; el más distante 5 cuartos de legua; su dotación 500 fanegas de trigo cobradas de los vecinos por los alcaldes en setiembre. Las solicitudes a D. Gaspar de Antia, vecino de dicha villa, hasta el 28 de febrero.

—La de *cirujano* de Martínez, provincia de Avila; la dotación, así por la asistencia a los pobres como a los pudientes, será convencional con el ayuntamiento para los primeros y con los interesados con los segundos, según el contrato que hagan. Las solicitudes hasta el 10 de febrero.

—La de *cirujano* de Poza, provincia de Burgos; su dotación 5,500 rs. pagados mensualmente de los fondos de propios, obligándose a sangrar sin cobrar derechos y a ir a las visitas en unión con el médico titular: por los partos cobrará 8 rs. Las solicitudes al Sr. Alcalde en el término de un mes, a contar desde la fecha de este anuncio en EL SIGLO MÉDICO y el Boletín Oficial de la provincia.

—La de *cirujano* de Villamayor y tres anejos, provincia de Soria; su dotación 250 fanegas de trigo pagadas por los vecinos, y 160 rs. por asistir a 16 familias pobres. Las solicitudes hasta el 15 de febrero.

## ANUNCIO.

En la villa de Piedrabuena, cabeza de partido en la provincia de Ciudad Real; cuya población consta de 700 vecinos, en donde hay médico y cirujano y varios pueblos inmediatos que no tienen botica, se vende la única que existe en aquella villa y que pertenece a una señora huérfana, a quien se podrán dirigir los que la quieran comprar, ó bien al señor D. Calisto Orgaz, médico de dicho punto; advirtiéndose que se venderá con equidad, aunque sea a plazos, siempre que estos estén bien garantizados.

Por todo lo no firmado:

El Srío. de la Redacción, RAIMUNDO SANFRUTOS.

Editor, MANUEL DE ROJAS.

MADRID.—1859.—IMPRENTA DE MANUEL DE ROJAS.

Pretil de los Consejos, 3, principal.